

RAMILLETE PARA

Margit Frenk

TEXTOS

Horacio Almada, Carlos Carranza,
Concepción Company Company, Leonor Fernández,
Nayeli García Sánchez, Marisol García Walls,
Raúl Eduardo González, Andrés Íñigo,
Mariana Maser, José Manuel Mateo,
María Teresa Miaja de la Peña, Rafael Mondragón,
Valentina Quaresma Rodríguez, Joseph Snow
Lorena Uribe Bracho, Rosario Valenzuela Munguía,
Adam Vázquez, Víctor Hugo Velázquez.

CUIDADO DE LA EDICIÓN

Marisol García Walls y Rafael Mondragón

COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

obranegra

Primera edición: septiembre de 2020.

© D.R. Cooperativa de Producción
y Servicios Editoriales Heredad, S.C. de C.V.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta e interiores, podrá ser reproducido, almacenado, comunicado públicamente o distribuido en cualquier forma o medio conocido o por conocerse, si no cuenta de manera previa y expresa con la autorización del legítimo titular de los derechos sobre la misma.

📖 HECHO EN MÉXICO 📖

Esta sí que se lleva la flor

RAMILLETE PARA

Margit Frenk



Presentación

==== MARISOL GARCÍA WALLS

Y RAFAEL MONDRAGÓN =====

Con motivo del cumpleaños número noventa de nuestra querida maestra y amiga, Margit Frenk, algunos de sus estudiantes nos reunimos para hacerle un pequeño homenaje en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Invitamos a la gente cercana para quien sabíamos que Margit había sido una fuerte influencia. Buscábamos textos que hablaran de la relación personal entre ella y sus alumnos y no solamente de su trayectoria académica, pues sentíamos que este aspecto había sido cubierto en los homenajes que se rindieron en su honor en el Palacio de Minería (el 21 de febrero de 2015) y el Palacio de Bellas Artes (el 18 de agosto de ese mismo año). Al mismo tiempo, esperábamos que el pequeño homenaje que estábamos planeando pudiera servir para que la universidad donde dio clases toda su vida se decidiera a organizar un evento mayor.

Nuestro homenaje a Margit se realizó el 13 de octubre de 2015 en el Aula Magna de la Facul-

tad de Filosofía y Letras. Los Brujos de Huejutla tocaron especialmente para ella, y Lorena Uribe cantó junto a Vladimir Bendixen una antigua canción popular especialmente querida por nuestra maestra. Más que homenaje, se trató de una fiesta. En los meses posteriores a esta celebración, los integrantes del comité organizador pasamos por una serie de dificultades que no habíamos alcanzado a prever. Entretanto, fuimos recopilando los textos leídos ese día y también recibimos otros de personas que no pudieron participar en el homenaje pero querían enviar sus palabras de agradecimiento.

El presente libro es resultado de los esfuerzos de ese día. Ha sido posible gracias a la generosa colaboración de José Manuel Mateo, diseñador del volumen, y de Nayeli García, Emiliano Álvarez, Mariana Masera y Jorge Gutiérrez Reyna, quienes organizaron junto a nosotros el homenaje y nos ayudaron en la edición de los textos. En el volumen se reúnen las voces de personas que pertenecen a distintas generaciones y tienen trayectorias diferentes. El lector observará que, a pesar de dichas diferencias, los testimonios de este libro comparten un aire de familia: en todos ellos, la reflexión sobre una labor filo-

lógica extraordinaria va de la mano de una admiración por los gestos personales de una mujer que enseña a “leer el mundo” al mismo tiempo que lee libros en compañía de los demás. Escribir sobre Margit, no sólo desde la perspectiva de la filóloga, sino también desde el terreno de lo personal, representó un reto para quienes se involucraron en el proyecto. Ese reto está vinculado a ese particular arte de la lectura que, en el caso de nuestra maestra, corresponde a un arte de vida, a una especial atención hacia las personas y sus experiencias, que va de la mano de un especial amor hacia las palabras de esas personas del pasado y el presente.

La organización de los textos sigue el trazado original de las mesas: a él se han ido añadiendo los textos que llegaron después. No queremos acabar esta breve presentación sin agradecerle a todas las personas que participaron de este proyecto: Germán Hernández Azuara, Rodolfo González Martínez y César Hernández Azuara —los integrantes del grupo Los Brujos de Huejutla— que participaron activamente en el homenaje, Anaïs Abreu D’Argence y Emiliano Álvarez —editores de La Diéresis, que hicieron una bella impresión de la letra de *Isabeau* para

el público que asistió al homenaje— y Lorena Uribe Bracho y Vladimir Bendixen por el interludio musical. Mención aparte merece Gabriela Nava, quien en uno de los peores momentos de su enfermedad se dio a la tarea de asistir al homenaje. A todos ellos... ¡gracias!



Margit Frenk

La lírica en una nuez: del verso mínimo al magno *corpus*

====MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA

La primera vez que vi a Margit fue en el antiguo edificio de El Colegio de México en la calle de Guanajuato, de la Colonia Roma, en 1972. Ella era la directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL) y yo, candidata al doctorado. Recuerdo que me impresionaron su personalidad y trato amable durante la entrevista en la que no sólo me preguntó sobre mi trayectoria académica sino también sobre mi vida personal y familiar.

Cuando un par de meses después ingresé al doctorado la veía siempre en dos lugares: su oficina, siempre con la puerta abierta, y ella sentada frente a su escritorio concentrada en la lectura o escribiendo; o en la Sala de seminarios, en donde alrededor de una enorme mesa

trabajaban los dos grupos de investigación más importantes del CELL. Uno, el que ella dirigía, el del Seminario de lírica tradicional, que se ocupaba de la elaboración del *Cancionero folklórico de México* y el otro, a cargo del Dr. Juan Lope Blanch, que trabajaba en el *Atlas lingüístico de México*. Ambos proyectos de gran relevancia y largo aliento contribuyeron al enriquecimiento académico de muchos de los becarios e investigadores del Centro y dieron como resultado obras fundamentales para la filología hispánica.

De esos años como estudiante y de los que siguieron en las ya más de cuatro décadas de conocer a Margit guardo múltiples recuerdos y vivencias, pues he tenido la fortuna de estar cerca de ella, primero en El Colegio de México como alumna, luego como colaboradora en cuatro de los cinco volúmenes del *Cancionero folklórico de México*, después como colegas en la UNAM y desde hace más de una década en el grupo de la *Revista de Literaturas Populares*, que ella dirige.

Todas estas distintas maneras de encuentro y cercanía me han permitido apreciarla y valórala como persona, como filóloga, como maestra, como colega y como amiga. Cada faceta me ha dado sorpresas y enseñanzas a lo largo

de la vida. Admiro de ella muchas cosas pero sobre todo su absoluta vocación y entrega a los estudios filológicos y la vitalidad con que lleva a cabo cada una de sus actividades académicas. Para mí, sin duda alguna, se debe a que Margit encuentra en todo su trabajo un enorme gozo. No ve su labor académica y docente como una obligación, un deber o una carga, sino como una auténtica pasión que la llena de placer. Margit disfruta cuando recita de memoria las miles de coplas y cancioncitas de su *Cancionero folklórico de México* o de sus *Corpus* y *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica, siglos XV a XVIII*, con una naturalidad absoluta, yo diría incluso que con un gran desparpajo, al igual que cuando imparte sus clases sobre los muchos temas que domina y muy en especial cuando enseña el *Quijote*, o cuando dicta una conferencia sobre alguno de sus temas preferidos y vuelca y comparte su sabiduría con quienes tienen el privilegio de escucharla. En todo ello están presentes su sabiduría, su gozo y su generosidad.

En la obra de Margit Frenk, muy en especial en sus trabajos relacionados con la lírica, siempre me ha llamado la atención, además de su puntual rigor y su capacidad de estructurar y

organizar los infinitos materiales que maneja, la forma en que es capaz de unir dos características opuestas, la de lo mínimo y lo máximo. La paradoja que parece surgir de su trabajo parte del reto de descubrir cómo se construye a partir de un breve y simple verso una cancioncita, una canción, y de ahí un cancionero, un *corpus*, y, en su caso, una vida.

El camino para descubrirlo no debe haber sido fácil, pues para ello tuvo que recorrer la búsqueda y el encuentro del silencio, el sonido, la palabra, la rima, el ritmo, el verso, la copla, la cancioncilla, la canción, la lírica. Además de penetrar en el sentimiento oculto en las entretelas de cada uno de ellos, que puede haber sido o ser de amor, de dolor, de abandono, de desdén, de alegría o de pesar. Todo un mundo expresado y contenido en lo que, en México, se dice que puede caber en “una nuez”: el de los amores y desamores, de los anhelos y los temores, de los engaños y los desengaños, de los encuentros y los desencuentros, y de todas las infinitas contradicciones propias del amor y los amantes, además de todos los otros tópicos y motivos presentes en las composiciones líricas que ella tanto ha estudiado. Gracias a su gran capacidad

integradora, característica que probablemente heredó de sus antecesores y gracias al aprecio del detalle, que quizás asimiló en México, en el encuentro de lo diminuto, supo conjuntar en forma exquisita la expresión de lo mínimo y lo máximo en su magnífica obra. Sus antecedentes familiares y culturales y la tierra en la que le tocó vivir dejaron en ella profundas e imborrables huellas de precisión y grandeza innegable. Culturas que, sin embargo, asumen la realidad y la expresan de manera diferente. Realidad que en voz, tinta y enseñanza de Margit Frenk es siempre expresada con absoluta certeza y sensibilidad. Entre un verso, una copla y un cancionero, ¿dónde se encuentran los límites? y, sobre todo, verdaderamente, ¿vale la pena encontrarlos o definirlos? Creo que ella nos ha demostrado que no. Para ella la lírica es sinónimo de sentimiento, sobre todo eso, expresión de todo aquello que apela a nuestra sensibilidad. “De eso se trata”, como acertadamente tradujo Tomás Segovia el famoso parlamento de Hamlet, “To be or not to be”.

Por enseñanzas como esta, que han dejado profunda huella en nuestra vida académica y personal, Margit es y ha sido maestra ejemplar,

de quien hemos aprendido lo que significa tener una auténtica vocación filológica.

Gracias mil, Margit, por haberme invitado hace cuarenta años a colaborar contigo en tu *Cancionero folklórico de México*; gracias por tus constantes e invaluable enseñanzas, por tu ejemplo de entrega como maestra y como filóloga; gracias por la larga y entrañable amistad que nos ha unido a lo largo de todos estos años.

¡Felicidades por tus muy fructíferos 90 años!

La inefable Margit

Frenk a lo largo de los años

≡≡≡ JOSEPH SNOW

Estimada y querida Margit:

No acaban los homenajes y me alegro que no hay quien los merezca más que tú. Mis recuerdos se remontan al primer encuentro nuestro, estando tú en Estados Unidos, enseñando en California (La Jolla), en varios congresos. En 1966 me invitaron a Filológicas a dar un curso sobre la *Celestina* y, ¿quién tuvo a bien hacerme la presentación aquel primer día? Margit Frenk. Me sentí honrado doblemente. Luego subiste a la presidencia de la Asociación Internacional del Hispanistas, un honor más que merecido. Después asistí en Madrid a la presentación de tu gran libro sobre la lírica breve. Tampoco puedo olvidar que en la Asociación Internacional de Hispanistas de París (2007) estábamos alojados en el mismo hotel. Un día recibí la mala noticia desde Granada so-

bre la muerte de mi gran amigo, Jesús Montoya, gran cantigueiro de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X. ¿Quién fue quien me invitó esa noche a cenar, para que pasara, tan pronto como fuera posible, mi tristeza? Pues Margit Frenk. En varias de las Jornadas de Medievalia, en 2012, cuando di un segundo cursillo de la *Celestina*, y en 2015, cuando di otro cursillo sobre el *Libro de buen amor* en la en la UNAM, pudimos comer juntos, charlar y contar chistes y ponernos al día, junto con Tere Miaja, en distintos restaurantes de la Ciudad de México.

Para mí, tu presencia no sólo es una figura de la mejor investigación, sino también la de una verdadera maestra que ha apoyado, sin reserva, a distintas generaciones de alumnos y ha colaborado con un sin fin de colegas a lo largo de décadas, tanto en México como en tus estancias como profesora invitada en varios países. Te has establecido, por tus enseñanzas, servicio a la profesión y tus investigaciones sin rival, como una respetada y querida modelo para todos los que han podido aprovechar del contacto contigo y siento un especial orgullo por ser uno de ellos.

¡Felicidades y enhorabuena en este octubre de 2015!

Amistad

≡≡≡ CARLOS CARRANZA

Querida Margit:

He decidido escribirte una carta. ¿De qué otra manera hablarte con la sencillez que me has tratado de enseñar? Iniciar un texto que exprese con claridad lo que pensamos y sentimos acerca de ti quizá sea más difícil que elegir el tema para un trabajo de final de curso. Esta no es una simple comparación: creo que todos aquellos que entregamos quince o veinte cuartillas para que fueran calificadas por ti lo hicimos con el temor de presentar un tema que no pudiera satisfacer las expectativas que uno mismo se genera durante el respectivo semestre. Creemos que todo aquello que esté en tus manos debe corresponder a lo que aprendimos y disfrutamos durante las horas que compartimos la lectura de cada palabra del *Quijote* o de los textos de la lírica popular hispánica. No exagero al decirte, Margit, que en todas las clases disfrutamos de tu invitación a ser parte activa de

una aventura cada vez más extraña: leer en voz alta. Experiencia que, además, genera un vuelco en el corazón, ya que la lectura de cada palabra provoca que nos olvidemos por un momento de lo que existe afuera de esa clase.

En ocasiones, ante el gozo que provoca la lectura de una canción o un pasaje del *Quijote*, las emociones que uno genera parecerían un catálogo de nuestras propias locuras o sinrazones. Sin embargo, al conversar con los compañeros nos percatamos que, si bien, por fortuna, no compartimos la misma dimensión de la locura, sí disfrutamos del sortilegio que implican tus palabras. Aunque los textos se disfrutan en sí mismos, sus secretos se develan gracias a tus pacientes y generosas explicaciones. Porque, querida Margit, ojalá sepas que tus clases han permitido que la amistad sea algo posible entre muchos de los que estamos aquí. Sobran motivos para conversar, temas para discutir, sorpresas por inventar en esa amistad que sólo una maestra generosa como tú puede fomentar.

Si bien como maestra nos enseñás a comprender y querer, en la medida de cada corazón, a los personajes creados por Cervantes o las canciones que te han acompañado durante tanto tiem-

po, también has logrado que podamos sentirnos parte de quienes compartimos tu clase. Así como tú eres parte de nosotros mismos.

Ahora pienso en todos aquellos que, a lo largo de la historia, han dedicado parte de sus reflexiones, sus páginas, a los maestros que transformaron sus respectivas vidas. Ignoro si son pocos o muchos los que han logrado expresar ese reconocimiento. Imagino, ¿qué te diría Cervantes el día de hoy? ¿Qué diálogos podrían suscitarse entre don Quijote y Sancho Panza al compartir la merienda contigo? ¿Los personajes de las *Novelas ejemplares* se sentarían entre nosotros para brindarte una sonrisa cómplice? Me gusta imaginar cada una de esas escenas musicalizadas con las canciones que te has encargado de enseñarnos, acompañadas de las melodías que hemos escuchado y que ya conservamos en las entretelas del corazón.

Margit, hoy nos llena de júbilo expresarte, de tantas y diversas maneras, lo tanto que te queremos. Nos llena de emoción agradecer tu generosidad al compartirnos tu tiempo de aprendizaje: libros, autores y anécdotas que nos muestran la intensidad de la vida que se disfruta en la literatura. Hoy también agradecemos tu

sonrisa, aquella que siempre nos regalas en las clases al hablarnos de eso que te asombra. Gracias, porque tu sonrisa es el signo de la amistad. Esa amistad que se ha tejido con los finos hilos de tus palabras, tus pensamientos y el cariño que nos has regalado con la paciencia de quienes saben que, en la memoria, se atesora lo más valioso del ser humano. Gracias, Margit, por permitirnos comprender que sólo en el amor a la vida hallaremos los recursos necesarios para seguir leyendo como nos has enseñado: despacio, con el corazón en la mirada y la sonrisa en el entendimiento.

La amistad, ese libro de la buena memoria

≡≡≡ VÍCTOR HUGO VELÁZQUEZ (FAUSTO)

Si hace diez años, frente a esa trigésima tercera reimpresión de “Triptofanito”, de Julio Frenk, mi usual torpeza se hubiera movido para buscar más sobre el autor, habría encontrado no sólo la fotografía de una amigable pluma: seguramente habría encontrado a la tremenda familia Frenk, tan querida por todos. Nunca hubiera imaginado que ese libro sería una pista del destino que me podría haber llevado a Margit.

Decía Cicerón de la amistad: “los que necesitan tienen abundancia, los débiles tienen vigor e incluso los muertos viven”. Es imposible no asociar estas palabras con Margit, pues llegué a su clase por la amistad, y por ella cada lección ha quedado plasmada en el libro de mi memoria.

Mucho se ha hablado del seminario cervantino, de la fortuna de aprender de la mano de la extraordinaria maestra. Sería necio hablar sobre esto, pues muchos —y seguro con mucho mejo-

res palabras de las que yo pudiera expresar— ya lo han referido y referirán. Y qué dichosos todos. Mi pequeño texto sólo quisiera hacer dos breves notas sobre esa amistad que Margit imprime a esos muchos que hemos sido dichosos.

Uno no sólo aprende a leer el *Quijote* sino que aprende a leer por primera vez. Lo que implica no sólo recibir el texto de la vista a la mente. Implica aprender a disfrutar lo que alguien ha dejado para nuestras “desocupadas” cabezas. Las lecciones sobre el *Quijote* se vuelven lecciones sobre ver el mundo. A veces no comprenderemos pero eso no implica que no podamos gozar. Recuerdo que durante una de esas lecciones cuando llegamos al capítulo XXIX, en la página 291 (aún lo tengo anotado) alguien no pudo sino exclamar “No lo entiendo, pero cómo lo disfruto”.

Hablo sobre memoria, pues es donde Margit se viste de gala. La bella memoria surge a cada paso, acompañando la lectura. No sólo por el contenido de sus comentarios sino por lo memorable de ellos. No es sólo la extraordinaria filóloga sino la amiga que va compartiendo la emoción de encontrar en los textos una vida, del o los autores, frente a la propia.

Recuerdo también que, cuando terminamos el curso, después de dos bellos semestres, tembloroso, le pedí a Margit que me autografiara *Entre la voz y el silencio*.

Cada libro importante en mi vida lleva en la página falsa anotaciones breves, una especie de diario que pretende recorrer ese proyecto utópico que es una biblioteca personal. Con una letra chica pero decidida escribí el significado de ese autógrafo: “Hoy, después del arduo trabajo de un año, terminamos de analizar-leer el *Quijote*. Fue una experiencia enorme. No sólo aprendí lo que es una lectura bien hecha, sino que aprendí el valor de la crítica certera, con rigurosidad y corazón; la calma y el escrúpulo son los mejores ojos. La palabra prudente es el mejor comentario, para lo cual hay que aprender a ser humilde y valiente”.

La voz viva de sus lecciones es igual que la de sus libros, cada uno de ellos es la confirmación de las palabras escritas en esa página. Leerla es estar entre la voz y el silencio de una tierna música. En ellos he encontrado, destilada, su memorable personalidad inteligente, calurosa, humilde y valiente. La compañía que me ha brindado con sus palabras y lecciones son una

deuda enorme, quizá nunca pueda pagarla. Gracias por las lecciones, la paciencia y el cariño, gracias porque entre estos libros de la buena memoria, me quedo oyendo, como ciego frente al mar.

Entre la multiplicidad y el individuo

≡≡≡ ADAM VÁZQUEZ

Hablar de Margit Frenk y de mi relación con ella me ha llevado a examinar mi proceso educativo y a pensar que le debo mucho: ya sea a su trabajo, a sus clases, o bien, a sus alumnos que después fueron mis maestros. Tengo la dicha de poder decir que pertenezco a una estirpe académica que, sin duda, nos lleva a Margit Frenk por donde se le vea. Este texto, sin embargo, no se trata de eso. Quiero hablar de un rasgo específico de esa relación y de la manera en que personalmente pienso en Margit: una tensión entre la multiplicidad que está implícita en su trabajo y temas de estudio, y la apuesta por el individuo como un ser competente, ya sea en su faceta de autor o de lector.

Dudo ser capaz de fechar con precisión la primera vez que entré en contacto con el trabajo de Margit, pero como la mayoría de per-

sonas de mi generación, no fue en un salón de clases, sino leyendo su trabajo. En la primeras semanas de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas de la UNAM uno difícilmente se ha librado de las comodidades que representa la idea de autoría y de texto terminado, cerrado y perfecto. Por eso, leer una colección de jarchas mozárabes es un momento de desestabilización violenta. ¿Qué es esto? ¿Es un texto independiente o es un texto ancilar? ¿Por qué no está en *mi* español? ¿Ése es *mi* español? ¿Qué dice? Después, tuve consuelo en que tales preguntas no eran completamente impertinentes, dado que pude leer en *Las jarchas mozárabes* que su edición era compleja, pues hay problemas de translación, de lengua y, en muchos casos, es difícil establecer con precisión qué vocales hay que restituir.

En dicho trabajo Margit Frenk agradece los avances que distintos estudiosos han logrado sobre la materia, pero yo, al tener en mis manos un ejemplar de *Lírica hispánica de tipo popular*, no tenía más que agradecerle a ella por su edición. Ahora pienso que ese momento ilustra que la labor crítica guiada por una metodología fundamentada hace posible que nos enfrentemos

a la diversidad. Nos ofrece una interpretación que no ignora ni desprecia la variedad, sino que la hilvana, y nos otorga un texto que se puede prestar para ser el punto desde el cual aprecie-mos la incertidumbre de la que proviene.

La capacidad de ejercer una lectura crítica es algo a lo que Margit nos ha invitado en sus clases. No es un detalle menor: para alguien con todos sus logros, sería fácil imponer sus opiniones en el aula o en artículos, pero mi experiencia no ha sido nunca de ese tipo. Cuando un grupo de amigos míos y yo nos propusimos hacer un coloquio en torno a la figura de Luis de Góngora en nuestro quinto semestre, la doctora Teresa Miaja, mi más querida maestra, nos ayudó con la organización y propuso invitar a Margit. Coronar nuestro primer coloquio con una conferencia magistral de Margit Frenk era algo que ni siquiera se nos había ocurrido porque ni la conocíamos en persona, ni pensábamos en una buena razón para arrebatarle un poco de su tiempo. Por el contrario, Margit fue muy generosa en esa ocasión y habló sobre la edición de romances del *Homero español*. Bajo el entendido de que hay distintas versiones del romance “La más bella niña”,

Margit nos habló de las virtudes de tomar en cuenta las variantes. Cuando David Galicia señaló que su postura en este caso no se alineaba a Bédier o Lachman, Margit sonrió y estuvo de acuerdo: ella proponía como mejor opción una edición *variorum* que desplegara todas las versiones en una pantalla. En sus últimas consecuencias, esto difiere con una edición crítica tradicional, ya que ésta busca dar una versión del texto cercana a la versión original. Varios años han pasado y la idea del “original” en los estudios textuales ha sido más o menos superada. La propuesta de Margit no sólo le hace justicia a la distribución y recepción diversa de los romances gongorinos, sino que reconoce en el lector a una persona capaz de analizar por sí mismo los testimonios y si lo desea, a manera de editor, reconstruir su propia versión. El editor crítico puede hacer lo mismo, y esto en nada desprecia su labor, pero en un soporte digital como el sugerido la jerarquía establecida entre texto crítico y variante es disminuida drásticamente. Nuevamente el texto crítico puede ser el punto de acceso desde el que observamos la variedad de la que nace: es un gesto que sonríe al lector sin condescendencia.

Espero que esto no se entienda como una sugerencia de que Margit Frenk desprecia el papel que desempeña el estudioso. Muy por el contrario, creo que en cada momento reconoce que cada lector y, especialmente, el crítico, debe aventurarse en la multiplicidad que ofrece la literatura y expresar su opinión para proporcionar claves de lectura, para mostrar patrones que quizá hubieran pasado inadvertidos de otra forma.

En otra ocasión tuve la oportunidad de hacerle una pregunta con respecto a un proyecto de adivinanzas en el que tuve el privilegio de participar durante seis años. Este es un ejemplo muy significativo para mí porque dicho proyecto, dirigido por Teresa Miaja, me convertía en heredero muy directo del trabajo de Margit. El proyecto del *Adivinancero mexicano*, cuya primer antología es *Si quieres que te lo diga, ábreme tu corazón*, nació mientras se recogían los textos que conformarían el *Cancionero folklórico de México*. Felizmente se obtuvieron algunas adivinanzas que retomó Teresa Miaja y a partir de entonces nació un proyecto de más de veinticinco años. Por todo lo anterior le pregunté sobre uno de los problemas que teníamos: ¿qué hacer con la adivinanza del aguacate? Esa adivinanza tiene

alrededor de 400 versiones diferentes entre variantes y adivinanzas claramente distintas. Margit en vez de imponer una versión, me dio una respuesta que quizá es evidente, pero en ese momento fue reconfortante. Me contestó que tal elección queda en manos del antologador calificado para sugerir una, pues está familiarizado con el material. En esa instancia, escoger la adivinanza que más le plazca al estudioso no es un acto arbitrario, sino uno basado en el gusto del investigador, que se interseca con el riguroso análisis del *corpus* y encuentra la oportunidad de hacer circular una muestra de la tradición que, por naturaleza, es diversa. Después de todo, no hay que olvidar que nos dedicamos a esto porque encontramos placer en ello.

La lectura gozosa no tiene que ser una lectura basada en el humo. Durante la maestría tomé el curso de las *Novelas ejemplares* de Cervantes con Margit. La instrucción central era que nos concentráramos en el texto y realizáramos una lectura personal, pero para aquél que haya tenido la oportunidad de estar en una de sus clases, es más que claro que una lectura arbitraria no tiene cabida durante la discusión del seminario. Margit confronta las interpretaciones y nos

muestra que entender el texto, el significado de las palabras y sus relaciones con el contexto, es un proceso que, para ser realmente satisfactorio, debe ser realizado con mucho rigor. El lector de literatura de los Siglos de Oro encuentra el gozo no en imponer su propia interpretación, sino en el conocimiento de los varios sentidos que pueden surgir del análisis cuidadoso del texto. Ésta es una estrategia de lectura que le permite al individuo explorar la riqueza de la literatura y encontrar su lugar en ella como lector activo, a la vez que le obliga a ser riguroso para reconocer los límites del texto y nunca salirse de sus posibilidades.

Recuerdo que para ese curso hice un trabajo sobre la gestualidad de los personajes en tres novelas ejemplares. El análisis que llevé a cabo mostraba que los gestos de los personajes estaban atravesados por sus posiciones sociales, lo que por otro resulta una obviedad. En la retroalimentación, Margit encontró los puntos débiles de mi argumentación y me sugirió una mejor forma de organizar mi trabajo. Entre las críticas, la que mejor recuerdo es que mi trabajo hacía parecer que Cervantes se atenía a convenciones literarias y sociales a pesar de que constan-

temente vemos como se libra de ellas: “pienso que te faltó tomar en cuenta la libertad creativa de Cervantes” fueron sus palabras exactas. Tenía razón, la variedad de datos que analicé no permitieron que pudiera encontrar la originalidad, los *desvíos*, en jerga estilística, que hacen de Cervantes la figura literaria que es. No supe ver al individuo y me perdí en la diversidad, por lo que mi trabajo estaba incompleto.

He tenido la oportunidad de hablar con Margit Frenk unas cuantas veces en su casa. La última vez que platicamos le contaba de mis avances de tesis y las líneas de investigación que estaba siguiendo. Fue una tarde muy agradable en la que platicamos de poesía, de la academia y de mis planes futuros ya que estaba a pocos meses de venir a iniciar mi doctorado en Canadá. Le platiqué que venía principalmente para aprender a hacer ediciones digitales. De inmediato hablamos de la posibilidad de una edición digital del *Nuevo corpus*. En ese momento Margit me comentó que cuando terminara mi proyecto, la buscara para que exploráramos más la idea, ya con conocimiento de causa de lo que es posible y deseable hacer en una edición digital. No puedo asegurar que dicho proyecto vaya a ocurrir,

quién sabe lo que depara el futuro, pero fue ese el momento en que Margit me invitaba a sumergirme en el mundo diverso del *Nuevo corpus* y no puedo más que interpretarlo, una vez más, como esa invitación que se hace al estudioso de enfrentarse ante una realidad múltiple y que exige de él que su labor abra un camino en el que se pueda observar y hacer justicia a dicha multiplicidad.

Como dije al principio, le debo mucho a Margit Frenk. Su legado como investigadora, como maestra de mis maestros y como maestra mía tiene un impacto definitivo en mi desarrollo como estudiante de literatura. No puedo negar que a partir de ello se ha generado un lazo afectuoso: quiero a Margit por lo que ha hecho por mí, incluso si ella no lo sabe. Es por eso que encontré con mucho placer en la biblioteca de la Universidad de Saskatchewan, una universidad que ya no ofrece una licenciatura en literatura española, varios de sus volúmenes, uno de ellos al lado de un libro de Mercedes Díaz Roig. Ahora ocupan un lugar en mi cubículo no sólo porque hago referencia constante a ellos, sino porque me hacen sentir cerca de la UNAM, que siempre será mi hogar. Gracias, Margit.

La palabra viva

≡≡≡ NAYELI GARCÍA SÁNCHEZ

Conocí a Margit en 2008, cuando recién había yo entrado a la Facultad de Filosofía y Letras para estudiar literatura. Un profesor, que ahora es mi querido amigo, la invitó a platicar con el grupo de 30 personas que éramos. La mayoría no llegaba a los 20 años. Yo acababa de cumplir 18 y tenía más clara idea de los cafés de Coyoacán que de los estudios literarios. La visita de Margit Frenk, editora del *Nuevo corpus de la lírica popular*, se anunció con bombo y platillo desde nuestra clase. El mero día llegaron unos treinta compañeros de otros cursos a escucharla. Había personas sentadas en el suelo y afuera de la puerta abierta del salón. Margit nos saludó con una sonrisa cálida y nos platicó de su trabajo. Sus palabras iban acompañadas de suaves movimientos de manos y alguna que otra broma.

Hasta ese momento, yo no sabía qué era un *corpus*, tampoco a qué hacían referencia las palabras “lírica popular antigua”. Rafael Mondra-

gón, el anfitrión, nos animó una y otra vez a preguntarle algo a Margit. Lo que quisiéramos. Recuerdo el miedo al ridículo y la emoción ante la posibilidad de hablar directamente con ella. Poco a poco, algunos agarramos valor. ¿Cómo supo dónde buscar los poemitas? ¿Cómo sabía que ésa era lírica popular? ¿Cuántos poemas recopiló en total? A cada pregunta, Margit contestaba con un brillo de interés en la mirada, entretenida por ver si las preguntas que se nos ocurrían a nosotros eran las que se le habían ocurrido a ella. La sesión se animó mucho con un ambiente de confianza y amistad. Incluso ante preguntas como: ¿lo hizo todo sin internet? o ¿Llevaba usted grabadora? Margit se reía y, sin afán de humillar a nadie, contestaba con ingenio: “Lo intenté, pero al siglo XVI no te dejan llevar grabadora”.

Algún tiempo después, ese mismo profesor nos contó del curso sobre el *Quijote* que impartía Margit en la Maestría en Letras de la UNAM. Qué ganas de que los tres años que me faltaban para titularme de la licenciatura pasaran pronto. Movida por la fama de generosidad que siempre ha precedido a Margit, me atreví a pedirle que me permitiera cursar como oyente

su materia. Aceptó sin dudar que una alumna de tercer semestre de licenciatura asistiera a su curso de posgrado. Sólo me pidió que leyera con cuidado los capítulos del *Quijote* asignados para cada sesión y que participara en clase a partir de lo que fuera sintiendo o pensando al acercarme al texto. Esas dos indicaciones han guiado toda mi formación literaria: leer con atención y cuidado para comentar a partir del sentimiento y la razón.

Al terminar el curso, me convertí en su asistente: la primera tarea fue mudar su biblioteca; la segunda, organizar su correspondencia. Así fue como pude conocer el maravilloso mundo que Margit había creado desde la literatura. Cada visita a su casa me permitía acceder a la organización que ella había asignado para ese universo de palabras. La disciplina y el amor que fundamentan su manera de habitar el mundo permiten que la literatura no se distinga del resto de la vida.

A Margit le gusta sentarse en el jardín a escuchar las comunicaciones entre los pájaros; después de un rato, ensaya los patrones rítmicos de la conversación alada. También le gustan los juegos de palabras; cuando quedábamos en reu-

nirnos, me contestaba: “Aquí te espero, comiendo huevo, con la cuchara del cocinero”. Un día que le pregunté por qué su bella gatita se llama Musi, me contó la historia de otra gata que tuvo, llamada Música, que era mucho más grande. La nueva felina no alcanzaba a tener tres sílabas en su nombre por su tamaño, sólo dos.

Esa vitalidad del estudio literario tiene que ver también con la manera en que Margit aprendió a escuchar a los demás. Cada palabra y cada gesto son significativos en una conversación con ella. Como maestra y como amiga, me ha enseñado a dar la escucha digna que merece la palabra compartida. Con ella he aprendido a alimentar apasionadamente mis obsesiones, a permitir que mi método de trabajo académico inunde cada espacio de mi vida personal.

Termino con la última vez que hablamos: hace unos meses me regaló la edición de los *Estudios sobre lírica medieval* de Ramón Menéndez Pidal, prologada por ella. En la introducción, Margit hace un recuento del trabajo del filólogo español: revisa las palabras claves de la metodología de Menéndez Pidal y comenta con otras lecturas y con sus ideas propias cada apartado. Hacia la mitad del ensayo, Margit narra la anécdota

de cuando lo conoció en 1952, acompañada de Ernesto Mejía Sánchez, Emma Susana Speratti y Antonio Alatorre. Con un estilo impecable, recrea la visita que hicieron esos cuatro veinteañeros a la casa de Menéndez Pidal en Madrid.

La breve historia termina con una petición que el maestro les hizo: “Cuando regresen a sus países, lleven la buena nueva del Tradicionalismo”, y cierra con las palabras enigmáticas que empleó Menéndez para despedirse: “Vuelvan pronto. Pero no se queden tanto tiempo”. No pude evitar sonreír cuando terminé de leer el párrafo: allí estaba Margit, generosa como siempre, obsequiando al lector con un bello recuerdo de juventud. En medio del análisis riguroso, aparece de pronto la luz de su mirada: una mujer de más de ochenta años se recuerda a sí misma a los veintitantos y comparte con nosotros un lejano momento íntimo. La sencillez y la frescura que alimentan las páginas escritas por Margit son las mismas que pueblan su sonrisa en cada encuentro con ella. Hoy celebro incansablemente sus noventa años de vida y deseo que nuestra conversación nunca termine.



II



Isabeau

y la canción aprendida

==== LORENA URIBE BRACHO
TRANSCRIPCIÓN MUSICAL
DE VLADIMIR BENDIXEN

Cada vez que pienso en la clase de antigua lírica popular que tomamos con Margit en la maestría, me regresa la sensación de alegría desbordante que me hacía sonreír y pensar y sentir —y cantar— con un contagio absoluto de placer en cada una de las sesiones. Nunca me va a dejar de asombrar y nunca me va a dejar de emocionar la capacidad única que tiene Margit de entregarse a la literatura con todo el goce, con toda la agudeza y con toda la profundidad. Quienes hemos tenido el gusto de vivirlo de cerca no podemos más que recordarlo con emoción y aspirar a ese disfrute inteligente en nuestro propio trabajo literario.

En nuestro propio “trabajo profesional”, estuve a punto de decir, pero el problema es que “profesional” no acaba de cubrirlo; lo que ense-

ña Margit va mucho más allá. La emoción con la que Margit da clases hace que se vuelva indisoluble el trabajo serio y bien hecho del deleite personal, íntimo, que despierta los sentidos. En mi caso, esa intimidad sensorial que me atrae a la poesía me atrae también al canto. A cantar canciones populares y canciones antiguas, por placer, sin la necesidad de ser profesional. Y en esta pasión, para mí tan constante, tan presente, tuve la fortuna de encontrarme con la alegre complicidad de Margit. Porque Margit está, toda ella, llena de música.

Varias veces me reuní con Margit antes de la clase a que me tocara en el piano las melodías de los versos que íbamos a estudiar al día siguiente, para que yo pudiera cantarlas en clase a los demás. La música estuvo presente en la clase de principio a fin, desde los comentarios sobre la musicalidad de los versos, los ritmos binarios y ternarios, los guiños entre música y poesía (como la musicalización con “sol la mi re” del verso “sola m’iré”), la alusión a las versiones polifónicas de las canciones que estudiábamos, entre ellas las hermosísimas de Juan Vázquez, de quien atesoro una serie de fotocopias cuidadosamente engargoladas, que Margit tuvo el

gesto de heredarme cuando recuperó su edición original.

Un día, de visita en su casa, un par de años después de que había terminado el curso de lírica, Margit nos contó a Vladimir y a mí de una canción que recordaba constantemente, que la acompañaba, a veces cuando se acababa de despertar y a veces durante las actividades cotidianas, como un recuerdo vivo. La canción la había escuchado de niña, y en tantos años de pesquisas de poemas y cantares maravillosos nunca la había encontrado escrita ni grabada. Sin embargo, gracias a la memoria —la memoria prodigiosa de Margit— la seguía oyendo a la perfección en los foros internos de la imaginación auditiva. Ese día, para nuestra enorme emoción, Margit le dictó a Vladimir las notas desde el piano y me dictó a mí la letra. La canción resultó ser de extraordinaria belleza, delicada y nostálgica en la melodía, llena de anhelo y de imágenes acuáticas, de símbolos de amor, de espera, de muerte y descubrimiento y erotismo.

Isabeau, que camina a lo largo de su jardín, que camina a la orilla del agua, a la orilla de la isla y a la orilla del río, escucha a un joven marinero que se pone a cantar, a la orilla del agua, a

la orilla de la isla y a la orilla del río. “¡Yo quiero aprender tu canción!”, le dice Isabeau al marinero. Y el marinero le responde con una invitación emocionante y peligrosa, la misma que le hacen al infante Arnaldos en su famoso romance, desde dentro de la galera: “¡Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va!”

Isabeau se promène

le long de son jardin.

Le long de son jardin

sur le bord de l'île,

le long de son jardin

sur le bord de l'eau,

sur le bord du ruisseau.

Elle fit une rencontre

de trente matelots.

De trente matelots

sur le bord de l'île,

de trente matelots

sur le bord de l'eau,

sur le bord du ruisseau.

Le plus jeune des trente

il se mit à chanter.

Il se mit à chanter

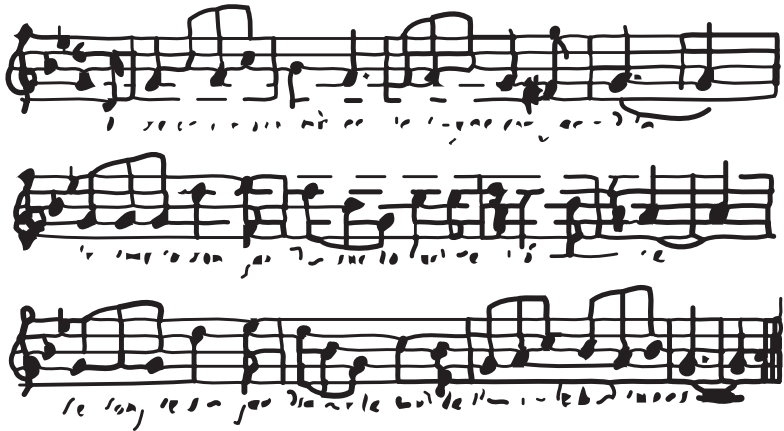
sur le bord de l'île,

il se mit à chanter

sur le bord de l'eau,

sur le bord du ruisseau.

Isabeau



La chanson que tu chantes

je voudrais la savoir.

Je voudrais la savoir

sur le bord de l'île,

je voudrais la savoir

sur le bord de l'eau,

sur le bord du ruisseau.

Embarque dans ma barque,

je te la chanterai.

Je te la chanterai

sur le bord de l'île,

je te la chanterai

sur le bord de l'eau,

sur le bord du ruisseau.

Canción para una niña inquieta en sus noventa años

====RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ

Ésta era una niña que coleccionaba
todas las sentencias que en casa escuchaba,
y aun por la calle
tomaba en libretas con mucho detalle
refranes y dichos soltados al viento
—hijos, como son, del puntual momento,
y padres de risas, hermanos de goces,
padrinos de voces—,
que juntó la niña con fruición, y un día
vio que las sentencias tienen todavía
otra forma de irse por los corazones,
vueltas en canciones
que forja el aliento con alas doradas
para enamorados, para enamoradas.
Así fue tejiendo con la inspiración
de unos ojos bellos, y su vocación
sus propias tonadas, sus propios anhelos
de ingenio, de celos,
de juegos, de amores, y de humor picante
que hacen las delicias de la voz cantante
y de quien la oyera

en palcos, en plazas o por donde fuera
—o aun de la vista,
si es que las canciones las plasmó un copista—.
Luego, pues, la niña que escuchó cantares
los fue procurando y acopió millares
de cantos escritos, de cantos rodados,
y, sí, por supuesto, de cantos cantados,
ya fuera en palacios
o por los diversos, rústicos espacios
donde han florecido los verdes maizales
o por donde espigan dorados trigales.
Qué decir que luego
de llenar libretas, además de un juego,
la afición aquella en que se vio sumida
fue su misma vida,
y el amor profundo
que sintió de niña lo compartió al mundo,
de forma que hoy muchos juzgamos que bella
es la canción de ella,
como la sentencia que al alba juntara,
y que nos resulta como el agua clara
que hoy en sus libretas muchos saboreamos,
picados, cual vamos, de aquel mismo gozo,
con el alborozo
de quien los decires y el canto escudriña,
como aquella niña.

«Entre la voz y el silencio»

≡≡≡ JOSÉ MANUEL MATEO

Oí las voces
y el silencio me hallé
en este vergel
...
a la luz del día
¿qué mejor compañía?
...
qué mejor compañía
que las voces
que el silencio
me traía
...
aquí mis ojos
mis oídos también
...
de buenas armas me armé
...
entre la voz y el silencio
cuánta es mi sed
...
entre la voz y el silencio
de Margit Frenk



III



Palabras para

Margit Frenk

==== MARIANA MASERA

*A mi puerta nace una fonte:
¿por dó saliré que no me moje?*

NC: 321

1

Recuerdo el día que conocí a Margit Frenk, cuando fui a visitarla a la Torre II de Humanidades. Para mí, en ese tercer semestre de la licenciatura, fue todo un acontecimiento poder platicar en persona con Margit. En clase de Literatura Medieval habíamos revisado las jarchas y yo me había enamorado de esa poesía mínima y compleja en su breve belleza. Llegué a su despacho y comenzamos a platicar sobre la lírica tradicional, las jarchas, y cada palabra de Margit era generosa y erudita. Después de un tiempo, quedaba claro que un futuro estudio de la poética de las jarchas estaría en manos de un arabista o hebreísta. No había más. Sin embargo, Margit me señaló con gentileza que

estaba el *Corpus de la antigua lírica popular*. Fue en ese momento que tomé la decisión de hacer mi tesis de licenciatura sobre la antigua lírica popular y aún más, tendría la posibilidad de que Margit me la dirigiera. Tal era mi entusiasmo que en vez de salir por la puerta que debía, abrí la puerta del closet. Y Margit alegremente me comentó: “Mariana, la puerta es a la izquierda, recuerda, siempre hay que ir a la izquierda”. Ese día sin saberlo había comenzado para mí una larga relación de admiración y amistad con Margit. Fue el día también que encontré mi voz de investigadora.

Realizar la tesis con Margit me permitió conocer su generosidad y rigor como maestra. En un principio me comentó que lo mejor para trabajar con un *corpus* era aprenderse los textos de memoria. De manera que así lo hice y me aprendí el *corpus* de la antigua lírica popular de memoria. Margit siempre estaba atenta a ver mis páginas, siempre éstas eran revisadas exhaustivamente y siempre había sugerencias. Una vez que trabajábamos los textos, el manuscrito cobraba fuerza y claridad. La oportunidad de estar trabajando con Margit y el *corpus* fue una experiencia maravillosa. La poesía y diver-

sidad de la cancioncitas, la elegancia y rigurosidad del libro, la inmensa sabiduría detrás de cada cancioncita editada. El tema de la voz femenina sería, desde entonces, el tema principal de mi investigación.

Fue también Margit quien me sugirió trabajar en el doctorado con Alan Deyermond, un gran hispanista. De este modo, durante una estancia en Londres de casi cinco años, había resultado el estudio de los símbolos en la canciones de amor desde una perspectiva comparada. Margit, siempre con su apoyo y sus consejos, su generosidad y solidaridad.

Al final de la estancia en Londres y después de haber platicado con Margit y con Alan, surgió el primer congreso de *Lyra Minima*, que se convertiría hasta el día de hoy en un espacio internacional para la discusión y reflexión sobre la antigua lírica popular y la moderna, sobre la poética y el estilo; es decir, se convirtió en el principal espacio para el tema, conformándose una sociedad con más de doscientas personas y veinte años de trayectoria. Pero tampoco acaba aquí.

Margit a lo largo de los años recibiría numerosos premios que confirmaban su estatura de

maestra y de erudita. Tal es así que, finalmente, en 2013 Margit Frenk se convirtió en un Premio, como ella dice. Se otorgó en ese año el Primer Premio Margit Frenk a las tradiciones poéticas. Y hoy, 2015, ya esta abierta la segunda convocatoria.

*Hilo de oro mana
la fontana,
hilo de oro mana.*

NC: 3

2

La mano de Margit tiende sin cesar sabias redes entre los cantares, donde cada poemita es comprendido en su unicidad tanto como en su relación con otras tradiciones poéticas. Nos muestra un imaginario único, donde abundan los paisajes del amor: la alameda y el vergel, las orillas del río, el alba y la noche oscura, el abrasante sol del amor, la sonoridad de los cantos del ruiseñor... Pero también nos comenta sus formas, estilos, funciones y sus ritmos.

La mirada de Margit, donde se posa, descubre nuevas perspectivas y reflexiona sobre todos los aspectos que emergen de la cancioncitas y la voz, las lecturas y lectores, como en su libro *Entre la voz y el silencio*. Otro ejemplo de su

admirable capacidad de observar y de la pasión por hallar nuevos puntos de vista son los estudios sobre el *Quijote*. Y cómo dejar de nombrar a la *Revista de Literaturas Populares*.

La voz de Margit no sólo se escucha en sus ensayos, a través de las innumerables sesiones de trabajo o en sus clases, sino también desde la solidaridad para quien comprende los exilios y las pérdidas, los puentes rotos y rehechos entre el recuerdo y la memoria; para quien comprende que es importante el no quedarse callado ante la injusticia y la falta de honestidad. Sobre todo, una voz cuya congruencia invita a sus amigos a continuar perseverantes, siempre, diciendo lo que se calla, nombrando a los que les quitan el nombre.

*Pisaré yo el polvico,
atán menudico,
pisaré yo el polvó
atán menudó*

NC: 1537

3

No se puede tapar el sol con un dedo, dicen. Tampoco se puede esconder la sonrisa de Margit ante los nuevos aportes, hacia las nuevas investigaciones; una sonrisa cálida e

inagotable como las fuentes consultadas en los muchos años de labor. Una alegría que comparte con cada uno de sus amigos y estudiantes, que recorre sus estudios, sus propias opiniones.

Así es que para hablar sobre Margit no bastan los homenajes, ni los premios, ni siquiera las palabras. Por ello, querida Margit, gracias por todo lo dado y por lo que viene:

*¡Muchos años biva
kien nos konbida!,
¡muchos años biva biva!,
i los konbidados
¡bivan mil años!*

NC:1284

Apuntes para una clase de amor

=====**ROSARIO VALENZUELA MUNGUÍA**

Hablar de Margit Frenk sin hablar de su vastísima trayectoria académica, sin hablar de sus publicaciones o de sus imprescindibles libros para el estudio de la poesía tradicional o del *Quijote*, puede resultar una tarea prácticamente imposible. Cuando me enteré de este proyecto para honrar a la Doctora, pensé que para mí sería muy complicado, pues también resulta imposible dejar de pensarla como la gran profesora que es y dejar de pensarla fuera de ese ámbito en el que, creo, muchos de los que aquí nos manifestamos la conocimos: el salón de clases.

Dos veces tuve la oportunidad de asistir al curso del *Quijote* y una vez más al espacio que se abrió para rememorar la publicación de las *Novelas ejemplares* de Cervantes. Pienso que al participar de una clase o, más bien, participar de una clase del posgrado de esta facultad, de

algún modo se participa también de un entusiasmo por acercarse a cursos vinculados con intereses académicos propios; pero llegar a una clase de Margit Frenk, aunque al principio responda a estos intereses, termina convirtiéndose en una historia de amor. Y digo esto porque creo que el amor es de los ingredientes esenciales en la conformación de las clases a las que he acudido con Margit. Porque no sólo veo que ella es lindísima, sino que todo lo que ella nos muestra, cada lunes o cada miércoles o cada vez que la vemos, es un amor infinito. Porque el corazón de Margit transmite amor en esos dos días de cada semana, amor que se ve plasmado en todo momento: amor por Cervantes, al que no conocemos pero al que nos acercamos en cada comentario de nuestra profesora, amor que nos entrega en cada oportunidad que Margit nos deja entrar “aunque sea como oyentes” a su clase —que siempre está invadida por oyentes—, amor que nos demuestra en esa paciencia que nos brinda hasta para decirnos que nuestros comentarios no son acertados, que estamos yéndonos por otro lado o que estamos viendo cosas donde no las hay. Todo lo que vemos cuando estamos cerca de Margit es un profundo amor.

En este orden de ideas es como me viene a la mente describir mi relación con Margit. Si bien no ha rebasado el ámbito universitario, mi convivencia con ella me ha hecho reconocerla como uno de los mejores ejemplos en mi vida, pues, sin saberlo, he participado en etapas en las que su clase, su amorosa clase, ha servido como un refugio en el que se conjuntaban el cariño por Cervantes y su don Quijote, por la Universidad y por sus alumnos; además, claro, de nuestro cariño, nuestra admiración y agradecimiento infinitos hacia ella, quien resulta siempre el ejemplo de la maestra amorosa, incansable, de la que debemos tomar todo lo mejor, en la que deberíamos inspirarnos para desarrollarnos como profesionales de las humanidades. Porque en tiempos aciagos, en tiempos donde podemos sentirnos solos o aislados, ella deja un espacio para explotar y explorar nuestra razón, reencontrarnos con los motivos que nos arrojaron a la literatura, que nos reconecta con nuestro lado humano y con nuestra propia intuición, que nos reconecta con el placer de nuestro trabajo y que infinidad de veces nos recuerda que esto que hacemos a diario también es parte de nosotros.

Cuando pienso en Margit, pienso también en la esperanza que podemos depositar en las humanidades y en los humanistas. Creo firmemente que si cada uno de los que estamos aquí nos propusiéramos ser los profesores que se conjuntan en la sola persona que es Margit, nuestra facultad y nuestra Universidad estarían compuestas por seres humanos íntegros, completos, porque Margit, con ese espíritu entusiasta, positivo, profundamente humilde y generoso, nos da ha dado a diario no sólo lecciones de profesionalismo, sino también de vida. Nuestro mayor anhelo, nuestra mayor aspiración, tendrían que ser toda la vida alcanzar por lo menos una de estas cualidades de nuestra profesora: aportar al conocimiento humanista, contribuir en la opinión pública justa y colaborar con la formación de nuevos y buenos universitarios, de nuevos y buenos humanistas.

Hablar de Margit, sin hablar de su trabajo académico, decía antes, podría resultar una tarea inalcanzable; sin embargo, quisiera que al final mis palabras sólo se tradujeran en esta muestra de cariño que busca corresponder con lo que siempre me ha emocionado de Margit Frenk: su amor constante, por el que le agradeceré siempre.

“Yo soy de Hamburgo. Así que soy hamburguesa”

====VALENTINA QUARESMA RODRÍGUEZ

Eso fue lo primero que escuché a Margit Frenk decir. También fue la primera vez que la oí reír. Así, floral y serenamente, eligió presentarse ante un público más o menos acostumbrado a la solemnidad, a las conferencias serias y rigurosas. Digo más o menos porque en realidad se trataba de una charla amorosa, enmarcada en el primer coloquio interdisciplinario de la Facultad de Filosofía y Letras. Hablábamos de memoria, de violencia, de esperanza. Rafa Mondragón moderó la conversación y todo fue adquiriendo la textura de un café tomado en voz alta.

Como en toda charla de café, el inicio de la conversación rozó temas amables, introductorios, suaves. Pero como en toda *buena* charla de café, poco a poco la conversación se atrevió a temas más intensos. Recuerdo que alguien en el público le preguntó sobre su continuo mover-

se entre fronteras. “Entre la voz y el silencio”, señaló alguien. “Entre folklore y literatura”, mencionó alguien más. “Eterna moradora de los puentes”, Margit misma dijo que escribió Edith Negrín alguna vez. Y de este escenario de mitades, Rafa comenzó a hablar sobre el vivir de Margit entre mundos, entre géneros, entre continentes culturales. Sobre una especie de “estar adentro y afuera al mismo tiempo”.

Recuerdo haber mirado a Margit mientras la conversación caminaba. Recuerdo haber visto una serenidad profunda en su rostro. Recuerdo que toda ella era una sonrisa apacible cuando empezó a pensar en voz alta sobre esos cientos de fronteras invisibles tapizándole la vida. “Me di cuenta tardíamente que yo y mi familia éramos exiliados”, contó en cierto punto.

Y entonces me di cuenta que en algún lugar de ese país que nacía conforme Margit hablaba, el tema no era el exilio, sino la presencia. La gestación de un hogar en el que cupiera todo. Y es que al escucharla, sentí como si en el mundo se abriera paso un país nuevo, hecho de pedacitos de todo: de Alemania y de México, pero también de poesía y del cancionero folclórico, de la facultad nuestra y sus muchos salones, de

voces y rostros, y flores. De cosas cuyo nombre yo aún no conocía.

Alguien le preguntó por la idea de “patria”, al respecto de estar continuamente moviéndose entre la mezcla de orígenes y puntos de llegada. Y Margit respondió con toda calma: “‘Patria’ no me dice nada. Pero ‘*casa*’ me lo dice todo”.

Pasaría un largo tiempo para que me volviera a encontrar con Margit.

Hace un tiempo, mi querida Marisol García Walls me escribió invitándome a trabajar en la *Revista de Literaturas Populares*, que Margit dirige desde hace 15 años. Y acepté feliz, recordando de golpe todo lo que el escucharla en la charla de años atrás, me había permitido conocer.

Marisol me explicó que iríamos juntas a casa de Margit, para presentarme formalmente con ella y para contarme de la futura dinámica de trabajo.

Al llegar, Margit nos recibió con galletitas elegantes y mucho café (ahora sí, no metafóricamente hablando) y con la misma sonrisa, intacta, que le conocí la primera vez.

Ese día conocí también a mis primeros compañeros de trabajo: Martha Bremauntz y José

Manuel Mateo. Personas que se convertirían en grandísimos e indispensables amigos.

Ese mismo día, Margit me preguntó sobre mi vida, mis planes. Me contó un poco de la historia de la *Revista*. Me escuchó con un cuidado cariñoso que nunca podré pagarle del todo.

Ese mismo día fue viernes 26 de septiembre de 2014.

La noche de ese viernes se instalaría en el corazón de México un horror glacial que está lejos de ser sólo de unos. El frío parecía dispuesto a cubrirlo todo y vestirlo de miedo.

Unos días después, volvimos a reunirnos a trabajar. Y Margit, compartiendo ese dolor, y rompiendo la mudez de la sinrazón, comenzó por preguntar cómo nos sentíamos. Y escuchó. E hizo preguntas sobre la organización estudiantil. Y acompañó con amor y cuidado cada palabra. Y nunca, desde ese día y a la fecha, dejó de abrazar con su presencia dulce y fuerte, el curso de los acontecimientos.

Estar cerca de Margit me permitió entender un poco más a qué se refería cuando nos habló aquella vez del sentido que le hacía la palabra 'casa'. Casa, frente a patria. Casa, porque ella sabe hacer hogar a cada rincón al que va. Casa,

porque en el mapa de mundo que Margit construye, todas y todos tenemos espacio y dignidad. Casa, porque hay cuartos y cuartos repletos de vida y de tierra en la experiencia alada y fraterna con que Margit es persona, y sabe recordarnos que lo somos. Casa, porque el país que ella inventa, no es sólo de ella, sino de quienes caminan y sueñan y trabajan porque la vida sea mejor. Para todas, para todos.

Estar cerca de ti, Margit, me permitió entender cómo has roto el exilio infinito a partir de la asunción de las fronteras como espacios de encuentro. Espacios en los que la vida y la esperanza cobran un significado enorme.

Al conocerte fue inevitable quererte con fuerza y con fe, con agradecimiento y voluntad de valentía para intentar corresponder al gran regalo que tu sonrisa y tú me han hecho: sin saberlo, Margit, me ayudaste a entender que no estoy perdida. Que la experiencia de pertenecer a todos lados, es una forma de construir encuentro, identidad, fortaleza. Familia. Que el dolor es combatible si se comparte. Que el valor compensa la oscuridad. Que el amor está en los lugares menos imaginados. Que se puede ser dulce y firme. Que hay paradojas fecundas.

Que lo infértil está en la desesperanza y el abatimiento. Que se puede ser quien se es, con alegría aguerrida.

Gracias, Margit, por todo lo que tu presencia ha traído a mi vida.

Y gracias por todas las veces en que, cuando hablaste o nos escuchaste, cuando escribiste y sonreíste, el mundo entero se llenó de luz y de girasoles.

Margit Frenk,

autora del *Quijote*

HORACIO ALMADA

En llegando el mancebo a ellos, les saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar “el Roto de la Mala Figura” (como a don Quijote el de la Triste), después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y, puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía; no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle a él.

Este pasaje del capítulo XXIII de la primera parte del *Quijote* siempre me ha sido emocionante, incluso conmovedor. Releerlo me ale-

ja de la angustia de no saber qué va a pasar a continuación en mi vida. Me hace pensar que siempre existe la posibilidad de un gesto gentil, inadvertido, inesperado, que te alivie y te aleje de la crueldad y del caos de la vida cotidiana. Un maestro mío, al que admiro, un día me dijo: “Cada vez que te sientas en el horror de no saber qué te va a pasar o qué te van a hacer, lee el *Quijote*”. Desde hace muchos años, lo hago. Me sorprende cada vez, me admira, me espanta, incluso, a veces, me suspende.

Hace ya algunos semestres decidí pedirle a Margit Frenk que me permitiera participar en su curso del *Quijote*, en la facultad de Filosofía y Letras. Decidí hacerlo, temiendo que la doctora me dijera que “tal empresa como aquesta para mí no estaba guardada”. (La primera vez que llegué al salón donde nos reunimos estaba el semestre bastante avanzado.) Llegué temprano, un lunes. Me senté a esperar. Estaban reunidos ya una decena de jóvenes estudiantes sesudos y comprometidos en sus quehacer de la maestría. Traté de saludar cortésmente. “Me regresaron los saludes con no menos comedimiento”. Seguí esperando. Y de pronto, por la puerta entró Margit.

Me sentí aliviado cuando un compañero, antes que yo, le pidió lo mismo que estaba por solicitarle. Estaba llegando, como yo, tarde en el semestre, con su ejemplar desempolvado. Al declarar mi intención, Margit me preguntó que edición tenía: me recomendó que llevara para el curso la edición de Francisco Rico. En ese instante me sentí invitado a la siguiente sesión. No tuve siquiera que pedirle si podía quedarme. Me advirtió, gentilmente, que necesitaba leer bien el texto, muy atentamente, con mucho cuidado. Le estuve mirando un rato en esa primera sesión. Leíamos el episodio de la aventura del barco encantado en la segunda parte. Me impresionaban, más que las imágenes del capítulo, la elocuencia, el poder y energía con que Margit citaba el texto, relacionaba pasajes, hablaba de la tradición cervantista, de sus impresiones y sus hipótesis. Estaba, en ese instante, conociendo otro *Quijote*: el *Quijote* de Margit Frenk.

Creo que lo que más me asombra de Margit es la capacidad que tiene para que todo se transforme en felicidad. Una felicidad que lo transforma todo. Y, como ese primer día en que la observé, todo está en su rostro. Su rostro y su mirada, sus ojos claros y serenos, que te invi-

tan, te hacen partícipe, que nunca te juzgan, te vuelven reconocibles los detalles, o como ella menciona frecuentemente “las pinceladas” o las “frasecitas” que te revelan las intenciones del texto, los intersticios de la narración, “las travesuras de Cervantes” o los goces de la lectura.

Margit me ha hecho ver de cerca un *Quijote* fantástico, que no sólo me distrae de las desventuras de mi cotidiano. Uno que me llena de gozo, y me hace feliz. Uno que adquiere nuevas formas y puede ser visto desde ángulos antes ni siquiera imaginados. Me presenta a un don Quijote loco de atar, figurón que, como lo recuerda regularmente en una que se ha vuelto mi cita favorita, “es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos” (segunda parte, cap. XVIII). La locura siempre merodeando la mesa donde leemos, en voz alta, todo el texto del *Quijote*, semestre a semestre. Ese texto iluminado por la mirada de Margit, guiado por su rigor y entrega, ese *Quijote* que parece que se reescribe y ella transcribe sesión tras sesión.

En el capítulo XXV de la primera parte Cervantes desarrolla y hace variaciones con el tema de la locura. Margit advierte: “pareciera que hay una locura dentro de la locura de Don Quijo-

te”. Para mí es una revelación. Me permite pasar por las palabras del Narrador, no siempre omnisciente, irónico y sutil a veces, diciendo de Don Quijote: “Como si estuviera sin juicio”. O de las de Don Quijote, que se da cuenta, percibe la locura de Cardenio: “Has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio”, o cuando declara que “loco soy, loco he de ser, hasta que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea”; ese loco que en su locura dice que será loco de veras y gracias a ello no sentirá nada; que percibe la realidad cómo quiere y la transforma con esa controvertida libertad que le posibilita su locura: “Yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad” (primera parte, capítulo XXV).

Este loco rematado que me pinta Margit es uno cuyo nombre no es Alonso Quijano, y que morirá después de sus aventuras, loco rematado. Quedo no menos admirado de ver ese talle, figura y armas, que de lo que generosamente tengo el privilegio de recibir, semana a semana, sesión tras sesión, colgado de los labios y los cuentos

que Margit nos regala en cada sesión. Cada una de ellas dedicada, amorosamente, a alimentar nuestro gusto por contar y que nos cuenten, desentrañando un Quijote, que se escribe y reescribe cada vez, nuevo, en nuestra atención, comprobando que quiero seguir confiando en la gentileza de los que me rodean, regalado por Margit, a quien hoy celebro y festejo, en estos sus primeros noventa años.

Margit Frenk

Una gran señora y una gran señora filóloga

≡≡≡ CONCEPCIÓN COMPANY COMPANY

Margit Frenk es una gran señora y es una gran señora filóloga. No debiera yo mezclar ambas denominaciones, porque no es políticamente correcto, como ahora se dice, mezclar las valoraciones personales con las profesionales, pero es un deber, y un gran placer, hacerlo cuando bajo, mejor, junto a, la profesional hay una gran persona, generosa y comprometida, y cuando junto a la persona hay una profesional de excelencia. Y hago este doble señalamiento, porque suele ocurrir —y digo suele, porque a veces no ocurre— que los grandes son sencillos y, por eso, grandes, en todos los sentidos y ángulos de la vida. El caso de Margit Frenk es una de esas afortunadas concurrencias de generosidad de vida y generosidad profesional, de grandeza en los dos ámbitos.

No hablaré hoy de su extensísimo currículum, que es como un libro, porque ya lo harán otros colegas en este libro y porque es bien conocido. Sus valiosas y numerosísimas contribuciones al conocimiento de la lengua y la literatura españolas, especialmente la medieval tardía y la de los Siglos de Oro, han sido reconocidas con múltiples premios, como, por citar sólo algunos, el internacional San Millán de la Cogolla, el internacional Alfonso Reyes, el Premio Nacional de Ciencias y Artes, el Premio Universidad Nacional, diversos emeritazgos y diversos doctorados *honoris causa* otorgados por universidades nacionales y extranjeras.

Dedicaré estas páginas a hablar de su persona, en lo particular a mis afortunados encuentros y convivencia con ella, y a comentar el ángulo más lingüístico de algunos de sus trabajos filológicos.

Margit es una mujer generosa porque alienta el trabajo de los jóvenes, porque lee cuidadosa, impecablemente y también implacablemente los trabajos de otros, las críticas son al trabajo nunca al autor, me consta, y porque hace regalos magníficos. A esas tres generosidades de su persona me referiré. Soy muy afortunada por-

que he experimentado esa generosidad sin haber sido nunca su alumna, aunque ella sea mi maestra. No la puedo llamar maestra en sentido estricto, no me atrevo a llamarla colega y menos compañera, aunque la vea cada jueves en la Academia Mexicana de la Lengua, donde charlamos amenamente, compartimos inquietudes y solemos coincidir en puntos de vista. Me atreveré a llamarla con su nombre propio, Margit, porque eso la hace única, en todos los sentidos de unicidad que caben en un nombre propio. Así la he llamado siempre y me ha permitido tutearla desde siempre.

Primera generosidad, primera en el tiempo de mi relación con Margit. Hace muchos años, corrían los años de 1989-1990, algunos amigos y colegas, entonces muy jóvenes, bueno, algo más jóvenes que ahora, varios de ellos presentes hoy, intentábamos crear un espacio multidisciplinario, académico y serio para los estudios medievales. Dimos el primer paso y solicitamos el financiamiento para crear el proyecto *Medievalia* y la revista del mismo nombre. Margit creyó en nosotros y nos regaló un artículo para el primer número de la revista *Medievalia* —entonces más boletín que revista, ni siquiera tenía lomo, eran

doce páginas engrapadas, nadie conocía la revista, todavía no nacía, nadie nos conocía, éramos casi virtuales—. El trabajo se llamaba, se llama, “Sobre las canciones femeninas de la Edad Media española” (*Medievalia*, 1:5, 1990). Con este artículo, una reconocida literata y filóloga, mexicana e internacional nos dio el espaldarazo profesional necesario e importantísimo para empezar la andadura de *Medievalia*, proyecto y revista, andadura que llega felizmente hasta el día de hoy.

Segunda generosidad. Hace años, por allá de mediados de los noventa, me invitó a editar para un público de literatura, en una revista por ella creada, la *Revista de Literatura Mexicana*, unas hermosas cartas, de fuerte contenido erótico y muy coloquiales, manuscritas por un panadero mexicano nacido a finales del siglo xvii en la ciudad de México, todas ellas dirigidas a una dama, de vida un tanto alegre, recogida en un convento de nuestro actual Centro Histórico, cartas cuyos originales se encuentran en el Archivo General de Indias en Sevilla. Yo había hecho ya una edición crítica con fines lingüísticos de esas cartas y las había incluido en un corpus documental diacrónico novohispano. En resumen, yo había hecho una edición abu-

rrida de las cartas—haré la sabida aclaración de que lingüístico es sinónimo de aburrido para muchos literatos, pero no es el caso de Margit, como más adelante mostraré—, y la directora de la revista me invitaba a hacer una edición crítica pero más literaria de las cartas. Alentada por la opinión de Margit de que las cartas eran unas joyas filológicas casi literarias, puse todo mi empeño en hacer esa edición crítica bajo una nueva óptica. A los pocos días, Margit me regresó mi texto, completamente rojo, con anotaciones manuscritas de ella, y se sentó conmigo a explicarme qué sobraba, algunas cosas, qué faltaba, muchísimas cosas, y cómo había que hacer esa edición crítica filológica pero para literatos. El intenso rojo de mi original me asustó, por supuesto, pero era un rojo generoso y muy respetuoso: aprendí muchísimo con esos comentarios de Margit, todavía conservo el manuscrito rojo. Le entré al trapo —para continuar con la metáfora taurina suscitada por el rojo—, me puse a trabajar, me recliné en la biblioteca, y saqué una edición que supongo debió ser adecuada y menos aburrida porque Margit publicó las cartas. Gracias, Margit, por gastar tinta roja y enseñarme parte de tu oficio.

Otra generosidad similar. Hace muy poco le pedí que leyera un breve texto, algo conflictivo, que saldría publicado en breve. Margit lo leyó de cabo a rabo, como pulga, y en poco tiempo, inició sus comentarios diciendo que era un buen texto y que había aprendido mucho con él, sin duda es una dama, y luego vinieron los generosos rojos, desde los contenidos hasta la puntuación. Gracias de nuevo por tu cabal lectura.

He sido también objeto de una generosidad más física, aunque igualmente intelectual e igualmente invaluable para mí. Hace unos pocos años me llamó Margit a casa y me dijo que estaba arreglando su biblioteca, que había decidido que ya no tenía tiempo para leer lingüística, y que había pensado que yo podía hacer mejor uso de algunas obras de gramática, porque, palabras más palabras menos, ya no cabían físicamente en su biblioteca. Me presenté rápidamente en su casa, no se me fuera a arrepentir, y cuál no sería mi sorpresa que heredé, ¡nada más y nada menos!, varias primeras ediciones de textos gramaticales, que son referencia obligada para los lingüistas, como las *Obras completas* de Cuervo, la primera edición de las *Partes de la*

oración de Lenz, la primera edición de la *Gramática* de Amado Alonso y Henríquez Ureña, algunas gramáticas latinas, una colección casi completa de la revista *Romance Philology*, entre otras obras. Las conservo como joyas y ocupan un lugar preferente en mi biblioteca, porque son joyas en sí mismas y porque, sobre todo, tienen en sus márgenes comentarios personales de Margit. Margit, cuando no tengas espacio o decidas ya no seguir leyendo más lingüística, llámame. ¡Gracias a dios que los morfemas suelen ser aburridos para los literatos!

Margit es generosa porque es una trabajadora incansable, porque, me permitiré decirlo, a su edad sigue yendo cada semana, con toda regularidad, a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y sigue dando clase, su curso de posgrado está lleno de alumnos, regulares y oyentes. Es un verdadero acto de generosidad seguir a su edad en la brega docente. Sin duda, sus alumnos la mantienen joven, inquieta, fresca e incansable, hoy es una prueba de ello. Debo decir que el hecho de que Margit siga al pie del cañón en la docencia me merece una gran admiración y respeto. Soy beneficiaria indirecta de esa generosidad, porque sus clases contribuyen a crear

un espacio más profesional, más académico, más serio y exigente en las humanidades de nuestra querida UNAM y de nuestro país.

Y una muestra más de la generosidad y de la fortaleza que tiene Margit es que es una fundadora incansable—esto suena a Santa Teresa, casi casi—, fundadora de revistas, como la *Revista de Literatura Mexicana* o la *Revista de Literaturas Populares*, e iniciadora y directora de importantes proyectos colectivos, como el *Cancionero folklórico de México*.

En las páginas que me quedan, voy a comentar el otro aspecto del quehacer de nuestra homenajead, anunciado al inicio de estas palabras. Mi apreciación del ángulo más lingüístico de su complejo y rico trabajo filológico. Margit ha trabajado directamente en lingüística, como lo muestran los varios artículos recogidos en su libro *Estudios de lingüística* y publicados por El Colegio de México en 2007, pero no me referiré a ellos hoy, sino que trataré cómo Margit hila fino, muy fino en lingüística en sus trabajos filológico-literarios. Me centraré en su obra magna *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y Fondo de

Cultura Económica, 2003) y en algún estudio, de los numerosos que tiene, sobre el *Quijote*.

En mi opinión se puede resumir el *Nuevo corpus* diciendo que es un trabajo exquisito de edición crítica. Cada poema, y uso este nombre como denominador común para la gran variedad de tipos líricos contenidos en el *Nuevo corpus*, aparece agrupado temáticamente y por el subgénero discursivo lírico, y para cada uno la autora consigna las múltiples variantes, con las variantes internas de una determinada variante, las fuentes primarias y secundarias, las correspondencias, las bibliotecas o fondos donde se halla el manuscrito, los manuscritos o la edición o ediciones en cuestión, consigna, creo que exhaustivamente hasta el año de cierre de la investigación, 1998, los estudios especializados existentes, las antologías donde ha sido recogido el poema, los paralelos en otras lenguas romances, cuando los hay, y hasta las imitaciones, en el sentido filológico, cuando las hay.

Además del respeto filológico entendido en un sentido ecdótico general, como refleja este complejo entramado de información, hay un absoluto respeto a la lengua reflejada en esos poemitas. Veamos algo de lo mucho lingüístico

que hay. Por ejemplo, la autora anota sistemáticamente las variantes léxicas, como es esperado y obligado en la práctica ecdótica más estricta, pero anota también sistemáticamente variantes fónicas y gramaticales, sean estas morfológicas, sintácticas o semánticas, que podría haber pasado por alto, ahorrándose muchísimo trabajo, porque seguramente no son de mucho interés las alternancias gráficas, las variaciones fónicas o las gramaticales para los literatos, pero son imprescindibles para que esta importantísima obra pueda ser empleada como corpus por un historiador de la lengua, como es mi caso.

Tomo tres ejemplos al azar en el mar de las 2200 páginas del libro. Así en el poema 304C, agrupado con otros bajo el lema “No pueden dormir mis ojos” (número 17), en el rubro de *Variantes* anota en el verso 5 la aféresis, esto es, la caída inicial de un sonido, en este caso una vocal, *namorado*, documentada en la copla de base, vs. *enamorado*, y esa falta o presencia de vocal no es relevante ni para la métrica ni para el valor y contenido lírico del poemita. No lo es para la métrica porque el sustantivo que precede a *(e)namorado*, *hombre* obliga a hacer una sinalefa a la hora de recitar el poema y medir

las sílabas, y no afecta al significado del poema porque tan ‘enamorado’ es el *hombre* en cuestión con o sin su vocal. Los lingüistas te agradecemos, querida Margit, esa pulcritud de edición.

Igualmente en el verso 13 del mismo poema, la autora registra una variación de tiempo verbal: presente *es casada* vs. copretérito *era casada*, que conlleva un cambio semántico indudable porque es indudable el riesgo en la vida real: no es lo mismo enamorarse de una mujer casada que de una que no lo es, pero lo interesante para un lingüista no es el riesgo semántico sino que asentar esa variación nos informa, al menos, de tres hechos: 1) que ambos tiempos son imperfectivos—el casamiento y el enamoramiento seguramente también lo son, pero ese complejo asunto les compete a los literatos, sociólogos y filósofos, no a nosotros, los lingüistas, seres mucho menos complejos, en general— y que por eso los dos tiempos entran en variación, 2) que era una variación activa en los siglos XVI-XVII, hay muchas otras variaciones similares en el *Corpus*, y 3) que el peso fónico de una forma —un monosílabo, *es*, frente a un bisílabo, *era*—está en interacción con la morfosintaxis y que, por lo tanto, no hay tal cosa como niveles

autónomos y limpios de análisis, ni siquiera en el mundo carente de significado como es el de los sonidos, la fonología.

Un último ejemplo, para no aburrirlos, pero sí mostrar lo fino que hila Margit lingüísticamente. En el poemita 479 cuyo primer verso reza “En el mi corazón vos tengo”, Margit recoge y asienta dos variantes y un testimonio del poema en portugués: la primera variante *en mi coraçón*, en lugar de *en el mi coraçón*, la segunda *os* en lugar de *vos*, y ambas alternancias nos informan de dos hechos importantes para la periodización o cronología de la sintaxis histórica de la lengua española: 1) que la concurrencia artículo + posesivo, *el mi coraçón*, *la mi alma*, era posible todavía en el siglo XVI, pero que ese doble determinante estaba ya en franco retroceso en nuestra lengua y por eso hay variación—en efecto, lo que no cambia no tiene variantes—y, en efecto, esa estructura se perdió por completo del español en el siglo XVII. La lengua portuguesa, en cambio, mantiene el doble determinante y sabemos que esa doble determinación es la preferida y está totalmente generalizada en el portugués europeo y en el gallego desde hace siglos. 2) La variante *os* frente a *vos*, ambos pro-

nombres átonos, clíticos como decimos en lingüística, nos dice que la forma *vos*, que era totalmente átona en el español medieval temprano, siglos XII al XIV, se estaba especializando o ya se había especializado en el español de fines de la Edad Media y renacentista como pronombre tónico, *vos sabredes*, y que ese *vos* átono había evolucionado a *os*, que sigue siendo el pronombre de segunda de plural vigente en el español europeo. El *Nuevo corpus de la antigua lírica popular* abunda en este tipo de informaciones para la historia de nuestra lengua o informaciones lingüísticas en general.

En resumen, el trabajo filológico de Margit Frenk es Filología con mayúsculas, sin adjetivos y sin restricciones, Filología para todos. Los lingüistas te agradecemos que hayas dejado las pestañas, como se suele decir, en la confección de esa magna obra y que nos hayas regalado tanta información.

Por último, no puedo dejar de mencionar el valioso y novedoso, aunque ya clásico, análisis de Margit sobre la relación entre escritura y oralidad en los textos áureos. Sobre cómo *leer* en el *Quijote*, por ejemplo, conserva todavía rasgos de su étimo latino *légere* ‘comprender’,

entre otros significados, de ahí todavía la forma cognada *colegir* ‘entender’ (< *cum legere*) del español actual, y que se sentaban en los siglos XVI y XVII para leer textos cuando en realidad se sentaban a escucharlos, comprenderlos y disfrutarlos. Esto es, nos muestra Margit, desde el análisis literario, lo que los lingüistas hemos aprendido casi desde el *kinder*, a saber, que la oralidad tiene prioridad histórica y biológica sobre la lengua escrita en todas las sociedades y comunidades humanas.

Gracias, Margit, por seguir formando alumnos, gracias por tu compromiso con las humanidades en nuestro país, gracias por tus obras, literarias, lingüísticas y filológicas. Y gracias, sobre todo, por tu generosidad como ser humano y por considerarme tu amiga.

IV



Mi Virgilio

≡≡≡ MARISOL GARCÍA WALLS

Estamos sentadas bajo la luz que produce el foco en el interior de la cocina. Afuera, en el jardín, el ambiente es ligero y festivo, pero dentro de la casa nosotras estamos, extrañamente, un poco tristes.

Es uno de esos días en los que la vista de Margit empeora, sufre un “bajón”, como ella dice. Alcanzo a intuir el efecto que tiene esto sobre su ánimo. Pero quiero *entender*. A instancias mías, Margit intenta describirme lo que *ve* una persona con degeneración macular. Trato de imaginarme la mancha en el centro de su visión, los rostros que se confunden de lejos, las cosas que sólo puede ver desde la periferia y que —imagino— trata de perseguir moviendo la cabeza.

La lámpara de la cocina es como el centro de un sistema solar. Gravitamos en torno suyo. A veces me quedo a cenar y se nos va la noche en eso que Margit hace muy bien, que es conversar.

De pronto, pienso: para hablar de cómo habíamos esta luz, tengo que hablar un poco sobre la oscuridad.

El año que organizamos un pequeño homenaje para Margit en la Facultad, yo no pude escribir mi texto para el libro colectivo que planeábamos entregarle. Me limité a ayudar en las labores de gestión del evento.

La imposibilidad de escribir se había vuelto una constante en mi vida. No poder escribir *ese* texto, mostrarle mi cariño y hablar con la elocuencia con la mis compañeros se expresaban de ella, abrió una herida profunda en mí que intenté ocultar, lo mejor que pude, en el transcurso de ese día.

Hoy abro el archivo en mi computadora. Para mi sorpresa, tiene diez páginas en las que intento elaborar, una y otra vez, la misma idea a partir de tres momentos: las enseñanzas de Margit, mi propia ceguera cuando comencé a trabajar con ella, la relación de la luz con la oscuridad. Recuerdo que el día del homenaje me levanté en la madrugada determinada a llevar, yo también, un texto escrito.

No lo logré.

A manera de colofón, la última vez que toqué el archivo, escribí las siguientes preguntas. Pese a mi sentido de pudor, las transcribo ahora. Me parecen relevantes sobre algunos de los temas que rondan mi mente cuando pienso en ella:

¿Por qué me cuesta tanto trabajo escribir sobre Margit? ¿Por qué siento que este escrito tiene que ser perfecto? ¿Por qué me cuesta tanto trabajo empezar hablar de ella desde donde quiero: el aspecto personal? ¿Por qué siento que escribir una cuartilla bien hecha sobre todo lo que me ha enseñado es, en realidad, hacerle una injusticia? En una fiesta como ésta, ¿qué es lo que se celebra? ¿Qué es rendir homenaje? ¿Qué es recordar?

Conocí a Margit en 2012, cuando empecé a trabajar como su ayudante: al principio lo que más me entusiasmaba era la posibilidad de ser contratada para leer en voz alta.

Poco a poco fui entendiendo que mi trabajo ahí era mucho más que eso.

En *La Divina comedia*, después del comienzo del canto I y tras un incidente con una loba salvaje, Dante se topa por primera vez con Virgilio y profiere estas palabras: “Mientras que yo ba-

jaba por la cuesta / se me mostró ante los ojos / alguien que en su silencio creí mudo”. Emprender un viaje al infierno, cuando uno se encuentra a la mitad de la vida, en una selva oscura, es encontrarse con la ausencia de límites visibles. La oscuridad, que todo lo abarca, parece aterradora. Pero, mal que bien, así es como comienza el viaje.

Una vez, muy seria, después de una sesión de lectura intensa, Margit me preguntó si entendía lo que estaba leyendo.

Me daba pena admitir que no.

Han tenido que pasar siete años para que pueda ver que existe una conexión entre mis propias heridas —máculas: señales que ensucian un cuerpo, dice el diccionario de la RAE— y la dificultad para leer y escribir que he ido arrastrando con los años.

Para mi asombro, en el homenaje que hicimos para Margit en la Facultad, salió a cuento varias veces la misma anécdota, relatada por distintas personas, a propósito de cómo los que hemos tenido la fortuna de trabajar a su lado hemos aprendido a *leer* en un sentido más pro-

fundo, gracias a su guía y a su señalamiento de la oscuridad del texto bajo nuestros ojos. No dar por supuesto que entiendes lo que entiendes. Leer con cuidado. Identificar las palabras que no significan lo mismo hoy que hace cuatro siglos. Buscarlas en un diccionario.

Éstas enseñanzas —sencillas, pero quizás por eso radicales— se extienden a muchas otras que reconozco en las personas que Margit ha formado: tener una disciplina férrea para el trabajo. Ser generosos, con la página frente a ti pero también con las personas, las plantas y los animales a tu alrededor. Descansar como una forma de honrar tu trabajo. Y, sobre todo, amar lo que haces.

Gran parte de la tradición pedagógica occidental está basada en la idea de que la lectura es un camino individual que conduce a la sabiduría. Sin embargo, la metáfora del guía que sólo se involucra para dirigir al alumno en sus lecturas es una que Margit ha ido desbrozando en su propia trayectoria como maestra. Sentadas en su estudio, alguna vez leímos juntas *Crimen y castigo*. Margit quien en un principio, necesitaba de alguien que la guiara por la oscu-

ridad de las páginas, terminó convirtiéndose en una guía para mí.

La lectura de todos los libros y artículos que revisamos juntas era siempre iluminada por sus comentarios —sabios, curiosos, atinados, inquisitivos— a la vez que la lectura iluminaba distintos momentos en nuestra relación.

Si concedemos, como interpreta Ivan Ilich la primera línea del *Didascalion* de Hugo de San Víctor, que “de todas las cosas que se han de buscar la primera es la sabiduría”, lo hacemos admitiendo que “la primera” no tiene porqué serlo en el sentido habitual que damos a la primera cosa dentro de una serie, como si pudiéramos tocarla con tan solo extender la mano.

Para Hugo de San Víctor *prima* quiere decir “lo primordial”. Pero si la sabiduría es el objetivo, el punto de llegada no es la primera cosa que sucede, y tampoco es más importante que el camino.

Tanto en el infierno como en el purgatorio, Virgilio se convierte en el guía de Dante no sólo por la admiración que le provoca su escritura sino porque, en sus gestos, Dante reconoce su grandeza. Muestra el camino, dice

sobre Margit un amigo, pero ella siempre sabe dónde tiene que dejar ir. No trata de imponernos quiénes vamos a ser, sino que nos va mostrando quiénes ya éramos.

Cuando le ayudé a buscar el léxico que merecía ser explicado las notas de su edición del cancionero de Gaspar Fernández, experimenté esa pequeña alegría emparentada con la luz: la que se manifiesta cuando uno de pronto entiende algo, cuando en una palabra que parecía anodina de pronto se revela como particularmente importante comunicar un sentido.

De ella aprendí un método de trabajo que se basa en dos principios básicos, que son la humildad y el respeto: la humildad de sabernos pequeñas ante la complejidad de los textos que leemos, y el respeto tanto por los materiales con los que nos enfrentamos en la lectura como por nuestro propio trabajo sobre ellos. Aprecio más que nunca su insistencia en leer atentamente, haciendo preguntas, siguiendo las propias intuiciones; en escribir despacio y sin prisas, pero sistemáticamente; en pensar de forma crítica y aprender a reconocer lo que es valioso y lo que no lo es; en hacer pausas, porque nunca el trabajo es lo suficientemente urgente que no

permita detenernos para escuchar el canto de las aves en el jardín —los pájaros que ahora sé, gracias a ella, que se llaman primaveras—.

Margit, su inteligencia, su humor chispeante, su energía. En realidad, no hay mejor palabra para describirla, si no es la luz.

Descubrí en el diccionario que “mácula” también se llaman “cada una de las partes oscuras que se observan en el disco del sol o de la luna”. La lámpara de la cocina de Margit casi siempre está encendida. Lo dije antes: gravitamos en torno a ella —a Margit— porque la queremos. Sólo estamos reflejando una parte del cariño que hemos recibido.

Últimamente la he visto poco, mucho menos de lo que me gustaría. Siempre tuve un poco de miedo de haber sido la peor de sus ayudantes: la que no terminó a tiempo su tesis, no se dedicó a la academia, dejó el trabajo en su revista para perseguir una beca de escritura. A veces una camina demasiado lejos y después considera necesario regresar. Otras veces los caminos doblan en puntos inesperados y terminan conduciendo a lados. En otros aparecen obstáculos que, de haberlos contemplado antes, hubieran alterado

nuestras determinaciones. Es particularmente grato encontrarse con Virgilio que señalan caminos, pero también es característico de los mejores Virgilio saber cuándo deben dejar que sus alumnos empiecen a explorar por cuenta propia. Todos —creo— estamos siempre un poco ciegos, pero Margit me enseñó que lo estaríamos aún más si no hubiéramos empezado a caminar en primer lugar.

Una carta para Margit

==== ANDRÉS ÍÑIGO

*Chante, rossignol, chante,
Toi qui as le cœur gai.
Tu as le cœur à rire...
Moi je l'ai à pleure
Il y a longtemps que je t'aime,
Jamais je ne t'oublierai.*

Liebe Margit!

Comenzar a escribir una carta para ti, a quien nunca he escrito formalmente, pero con quien he mantenido conversaciones que nunca olvidaré, se siente como volver a una querencia, a una antigua amistad y al afecto de siempre. Quizás una buena manera de «medir» (ya que objetivamente es imposible) el aprecio que sentimos por alguien no sea cuantas veces vemos a esa persona, ni si le regalamos objetos para procurar su alegría ni cuántas veces

le decimos que la queremos, las razones y los momentos en que lo hacemos. No. Sabemos cuánto queremos a alguien porque le dedicamos pensamiento, porque lo sostenemos con cariño en nuestra memoria; en fin, porque su voz, literalmente, y sus palabras resuenan ahora en nosotros.

¿Qué puedo decir sobre ti —como amiga, como maestra— que no hayan dicho ya tantas personas antes de mí? Tan sólo que también ha sido un deleite haber pasado algunas tardes en tu compañía y haber leído a través de tu mirada y tu voz durante todo un año. Es un secreto a voces que los estudiantes de literatura, a menos que cual salmones nadan contra corriente, leen muy pocas obras literarias durante su estancia en la Facultad. Contigo leemos verticalmente, si se me permite la expresión. Sé que mucha gente te quiere y admira. Tú sabes honrar verdaderamente esa coincidencia vital que permite que dos personas sean amigas. Me admira que seas sencilla, tan amable y gentil con tus conocimientos, que seas cariñosa con cualquiera que se acerque a ti con curiosidad y amor por las letras, que lleves en ti tanta música y tanta poesía que recitas con emoción cuando

viene a cuento y terminas siempre por provocar nuestra sorpresa. Además, sé que si pudieras nos cantarías.

Ya un par de veces me has pedido que te cuente más sobre mí —soy mejor escucha que platicador—, pero quiero aprovechar esta oportunidad para hacerlo, con permiso de los demás lectores y no sin sentido.

La parte femenina de mi familia procede de Alemania. Mi tatarabuelo, Jakob Fleischer, salió de allá para hacer fortuna (valga decir que hizo varias y las perdió todas) hasta que se asentó finalmente en Acapetahua, Chiapas, cuando comenzó el siglo pasado. Desde que tengo una relación contigo me pregunto si nuestros antepasados se habrán conocido y si habrán imaginado que sus descendientes llegarían a encontrarse en otro continente (como si hubieran estado perdidos). Traigo esa historia familiar a colación porque cuando pienso en ti, casi inmediatamente, pienso en otra gran persona que admiro profundamente, mi abuela materna, Emma, completamente contemporánea tuya. Ella sólo pudo estudiar la primaria, pero ha leído toda su vida y presume, como tú, de una memoria envidiable. Me gusta imaginar que si su vida hubiera sido

distinta, en alguna medida, quizás, sería semejante a ti y serían colegas, si no es que amigas. Entonces, yo te habría conocido desde siempre.

Afortunadamente, el encadenamiento de los sucesos vitales quiso que de todas formas nos encontráramos, y ya que «pensarte en mí sí puedo», te evoco todos los días en mi pensamiento. Gracias, Margit, por todo. Con profundo cariño,

México D.F 26 de septiembre de 2015.

Para Margit

LEONOR FERNÁNDEZ

Querida Margit:

Los cumpleaños en que se completan décadas enteras son especiales. Alguna vez me he preguntado por qué, y creo que tal vez sea porque nos regimos por el sistema métrico decimal. Lo importante, en todo caso, es que este tipo de aniversarios ofrece la oportunidad de celebrarlos más y mejor. A mí me da una gran alegría que este año estés teniendo muchos festejos, y sobre todo, que estos festejos se lleven a cabo en medio de todas las demás actividades que realizas, que son muchas, pues lo que más gusto nos da a todos es verte bien, contenta y, como dijiste hace poco en una entrevista, que sigues siendo “una maniática del trabajo”.

Ya en otras ocasiones hemos tenido la oportunidad de homenajearte hablando de la enorme y significativa obra que a lo largo de los años has desarrollado como investigadora en los diferentes campos de tu interés, que son los mis-

mos que has abordado como profesora en tantos y tantos cursos y seminarios que has impartido. Ya todo eso ha quedado por escrito, por eso, ahora quisiera en este homenaje hablar de la imborrable marca que has dejado en quienes hemos sido tus alumnos.

Aunque estoy segura de que, en general, conoces la influencia que has ejercido en la gran mayoría de tus estudiantes, tal vez no estás tan plenamente consciente de la importancia que, para muchos, ha tenido tu “método”, o tu estilo como profesora, y a lo mejor ni siquiera has pensado que apliques una “didáctica” en particular, pero, para mí, ese estilo y esa didáctica tan tuyos han sido fundamentales en mis aprendizajes y en mi formación.

Cuando en 1990 llegué por primera vez al seminario de teatro del Siglo de Oro que impartías en la Maestría en Letras, en nuestra Facultad, comencé a aprender lo que era leer un texto, leerlo de verdad, lo que significa acercarnos a él desde diferentes ángulos, para conocerlo bien y, lo más importante, ser capaz de analizar un aspecto de ese texto. No tengo que decírtelo, porque lo sabes, pero en ese seminario se definió el camino por donde yo iba a seguir, y ese camino

lo encontré gracias a ti, porque tú me ayudaste a encontrarlo. Para mí, lo más valioso es tu manera de orientar al alumno, cómo le sugieres las herramientas, pero dejas que aprenda a usarlas a su modo, con lo cual propicias que desarrolle capacidades y habilidades que, tal vez, ni siquiera sabía que tenía. Y eso es lo que marca la diferencia entre el maestro que sólo transmite conocimientos y el que, además de transmitir conocimientos, enseña al estudiante a adquirirlos por sí mismo.

Nunca olvidaré que cuando yo estaba haciendo mi tesis de maestría sobre la versificación en el teatro de Lope de Vega, y hablábamos sobre la mejor manera de analizar las formas métricas en relación con los demás aspectos de cada obra, me decías: “No sé decirte cómo debes hacerlo”; y sin embargo, cuando veías que lograba sacar algo en claro lo reconocías inmediatamente y me decías: “Sí, por ahí vas bien”. Dejabas que hiciera los descubrimientos por mis propios medios, y cuando de nuevo empezaba a extraviarme, mostrabas una intuición muy particular para no dejar que cayera en el desaliento. ¡Con cuánta perspicacia captabas los errores que cometía al tratar de explorar un aspecto

perdiendo de vista el contexto! O, por el contrario, cuando te dabas cuenta de que estaba pasando por alto detalles importantes.

Hasta hoy tengo presentes, como si las estuviera escuchando de ti, esas frases magistrales: “No por ver el árbol dejes de ver el bosque” o “Tienes que hilar más delgado”. Pero sobre todo ésta, con la que, me parece, expresabas el total respeto a la forma individual de trabajar: “¡Cada quien tiene su manera de matar pulgas!” Se trataba de ensayar, errar, volver a ensayar, errar, hasta encontrar el camino, o sea, la manera de matar pulgas... Y lo hallé, pero con tu ayuda.

En cada uno de tus seminarios nos llevabas a una aventura diferente; cada lectura nos introducía en las diferentes dimensiones de una obra, de las que, generalmente, no teníamos ni idea, hasta que tú nos las hacías ver, descubriéndonos mundos nuevos en los cuales mirar con cuidado tantas cosas, tantos ángulos desde los cuales sería posible realizar alguna investigación. A mí me abriste la puerta del teatro y de la poesía del Siglo de Oro, de donde, afortunadamente, ya no salí.

Y desde luego, imposible dejar de recordar la atención con la que leías nuestros trabajos,

muchas veces plagados de disparates y errores, y la paciencia para marcarlos y después, en las sesiones, para comentarlos, con gentileza pasar suavemente por ellos y, en cambio, destacar los aciertos y haciéndonos ver que, posiblemente, estábamos al comienzo de lo que podría ser una amplia investigación. Aún guardo como tesoros todas esas hojas en las que con lápiz, o a veces tinta roja, indicabas ¡todo!

Querida Margit: agradezco que la celebración de tu 90 aniversario me dé la oportunidad de agradecerte una vez más, por mi formación y por todo el apoyo que he recibido de ti desde que comencé a ser tu alumna hasta ahora que soy profesora. Gracias por el ejemplo que has sido y que eres, por tu compromiso, por el rigor, por la constancia en el trabajo; por el entusiasmo con que emprendes cada tarea. Pero, sobre todo, porque me has dejado también ser tu amiga. Por tus enseñanzas y por tu amistad, muchas gracias.


Con todo mi cariño por siempre.

El arte de la lectura

RAFAEL MONDRAGÓN

Querida Margit:

Desde hace dos semanas he estado soñando contigo. Hoy estoy tan nervioso que no puedo dormir. Saco la ropa que usaré mañana. Eres una de las pocas personas que puede llevarme a algo que en mí parecería imposible: utilizar saco, zapatos, camisa, pantalón de vestir. Mañana es tu homenaje. Llevo dos semanas intentando escribir sobre ti. He iniciado textos sobre ti varias veces a lo largo de los años. No llego a terminarlos. Ayer le decía a una amiga: de las cosas más importantes en la vida, uno rara vez habla o escribe. Las cosas más importantes uno las vive en silencio. Y sin embargo, nuestro oficio es éste: leer con cuidado; poner atención

 *Esta carta reúne dos cartas leídas en voz alta para Margit: la que preparé para la presentación de su libro Cuatro ensayos sobre el Quijote en la librería del Fondo de Cultura Económica en julio de 2013, y la que leí en la clausura el homenaje a Margit en octubre de 2015.*

en las palabras; escuchar con atención el gesto de los libros, su silencio pleno de vida: todo lo que transmiten sin decir.

Esa fue la enseñanza que me diste en aquellos años de salón de clases, cuando nos reuníamos a leer el *Quijote* en voz alta y “cada momento juntos era una celebración, una Epifanía”. Yo tenía un poco de miedo. Recuerdo tu presencia, fuerte y gentil. Tu manera de escuchar: una atención dispersa que sostiene al escuchado pero al tiempo le concede un cierto espacio de libertad. Íbamos leyendo en voz alta y después nos deteníamos. En silencio, nos pedías que habláramos: sonreías levemente; mostrabas, con tu presencia callada, que estabas esperando nuestra palabra; te quedabas sentada, atentamente, e intervenías con levedad para puntuar y subrayar mientras íbamos hablando: repetías una palabra que acabábamos de decir para que escucháramos algo importante que se había deslizado en nuestro propio discurso; regresabas en forma de pregunta algo que acababa de ser dicho como una afirmación; guardabas silencio...

Nunca he conocido a otra persona capaz de escuchar con una intensidad así. Fui dignificado en esa atención silenciosa que me enseñó a ob-

servarme a mí mismo y a descubrir el valor de mi mundo interior. Desde entonces decidí que yo también quería enseñar a leer, para ayudar, en la lectura, a que otros descubrieran también que éramos dignos.

Parece poca cosa: lo único que hacíamos en clase era tomar el *Quijote* para leerlo en voz alta, palabra a palabra; detenernos después de algunas líneas, y hablar de lo que habíamos sentido al leer. Así íbamos elaborando una arqueología de nuestras experiencias: una pregunta por su historia y sus condiciones de posibilidad. Un asombrarse progresivo ante nuestras capacidades de producción de vivencia. ¿En qué momento comenzamos a sentirnos indignados, qué nos hizo capaces de soltar una carcajada al llegar a cierta escena? ¿Cómo llegamos a esa maravillosa, liberadora sensación que está en el centro del *Quijote*, pero se mantiene en silencio: no hay verdad definitiva, la realidad es inestable e insegura, el personaje de Cervantes es lo que quiere ser? Para responder a esas preguntas es necesario poner cuidado al leer. Observar lo que nos pasa al avanzar el texto. Observarlo. Observarnos. Todo lo que nos había pasado en cada clase era valioso. No importaba si éramos

estudiantes de licenciatura, investigadores reconocidos o gente común. Todos sabíamos más de lo que creíamos saber. Sólo teníamos que hacer un esfuerzo para saber lo que sabemos. Eso es también aprender a leer: pensar que pensamos; sentir que sentimos; aprender a escuchar nuestra propia experiencia; darle densidad y profundidad, poniendo especial atención en los detalles pequeños (las palabras, el ritmo de las frases...).

En esos espacios de lectura compartida comprendí tu compromiso político, tu amor apasionado por la gente, tu respeto ante la belleza del mundo. Comprendí lo que podía ser la igualdad. No hablábamos sobre ella: la íbamos viviendo momento a momento; descubríamos la alegría de los que se van haciendo iguales. Así como leemos el *Quijote*, así es como debemos aprender a escucharnos. Escuchar la palabra interior y recibir hospitalarios la palabra de los otros. “Leer” se volvió figura de una forma de relación con el mundo, y por ello, la poética apareció también bajo la forma de la ética. Una frase atribuida a José Martí dice que “hacer es la mejor forma de decir”. También había algo en tus clases que se explicaba sin decirse. Tu

manera de enseñar tenía que ver, también, con la transmisión de gestos donde se iba escenificando un método de trabajo, una poética de la lectura. También una poética existencial.

Los años que he pasado cerca de ti se presentan frente a mí como un relámpago. Recuerdo aquella primera conversación que tuvimos, después de que Axa nos presentó: me mirabas con intensidad tranquila a pesar de que la noche iba cayendo. Me seguías mirando mientras conversábamos en medio de la noche, como si pudieras verme en la oscuridad. No dejábamos de conversar. Hoy la luz que proyecta ese recuerdo me descubre algo sobre mi futuro y también sobre mi pasado. Tú me enseñaste a leer, y en la lectura me enseñaste algo secreto, que guardo como un tesoro. Tú me enseñaste a compartir eso secreto, que sólo puede pervivir y crecer si se comparte. No sé qué fue eso que me enseñaste. Pero cuando yo se lo enseñé a los demás, puedo mirarlo crecer y pervivir. Su fuerza me da consuelo en los momentos de miedo en que pienso que un día me puedes faltar. Eso secreto que me enseñaste, que le da sentido a una palabra que podría parecer vacía (“filología”), tiene que ver con aquello que se queda en las palabras

de los otros cuando los otros han partido. Es lo que nos ha sostenido en medio del dolor. Lo que nos ha enseñado a trabajar con la pérdida. Lo que nos ha enseñado a cultivar la alegría.

Mañana vamos a celebrar como tú nos enseñaste a celebrar. Vamos a escuchar juntos la música que te gusta. Vamos a encontrarnos unos con otros, nosotros, que nos fuimos construyendo como una familia invisible de desconocidos que a lo largo de este siglo, que es el tuyo, tuvimos el privilegio de compartir esa palabra que crece cuando es hablada y escuchada. Vamos a refrendar eso que queda: la confianza en la palabra de los otros, el asombro ante la propia experiencia, el cuidado hospitalario por las palabras y los gestos, el compromiso ante el dolor de los demás, “siempre a la izquierda”, como le dijiste una vez, riendo, a Mariana.

Mañana vamos a darte las gracias, Margit.

Índice

Presentación

*Marisol García Walls
y Rafael Mondragón* 7

[I]

*Margit Frenk. La lírica en una nuez:
del verso mínimo al magno corpus*
María Teresa Miaja de la Peña 13

*La inefable Margit Frenk
a lo largo de los años*
Joseph Snow 19

Amistad
Carlos Carranza 21

La amistad, ese libro de la buena memoria
Víctor Hugo Velázquez (Fausto) 25

Entre la multiplicidad y el individuo
Adam Vázquez 29

La palabra viva
Nayeli García Sánchez 38

[II]

Isabeau y la canción aprendida
Lorena Uribe Bracho
Transcripción musical
de Vladimir Bendixen 45

Canción para una niña
inquieta en sus noventa años
Raúl Eduardo González 50

«Entre la voz y el silencio»
José Manuel Mateo 52

[III]

Palabras para Margit Frenk
Mariana Maserá 55

Apuntes para una clase de amor
Rosario Valenzuela Munguía 61

<i>“Yo soy de Hamburgo. Así que soy hamburguesa”</i>	
<i>Valentina Quaresma Rodríguez</i>	65
<i>Margit Frenk, autora del Quijote</i>	
<i>Horacio Almada</i>	71
<i>Margit Frenk.</i>	
<i>Una gran señora y una gran señora filóloga</i>	
<i>Concepción Company Company</i>	77

[IV]

<i>Mi Virgilio</i>	
<i>Marisol García Walls</i>	92
<i>Una carta para Margit</i>	
<i>Andrés Íñigo</i>	101
<i>Para Margit</i>	
<i>Leonor Fernández</i>	105
<i>El arte de la lectura</i>	
<i>Rafael Mondragón</i>	110



ÉSTA SÍ QUE SE LLEVA LA FLOR
RAMILLETE PARA MARGIT FRENK

Fue publicado en Internet el 24 de septiembre de 2020,
un mes y tres días después del cumpleaños de Margit.

Para su composición se empleó la fuente
Espinosa Nova en 12:16 y 18:32 puntos.

Esa mañana el mundo entero
estaba en pausa y recordamos
los versos de un poeta chileno
que hace años también
hizo un canto en septiembre:

Hoy, este día fue una copa plena,
Hoy, este día fue una inmensa ola,
Hoy, fue toda la tierra.